

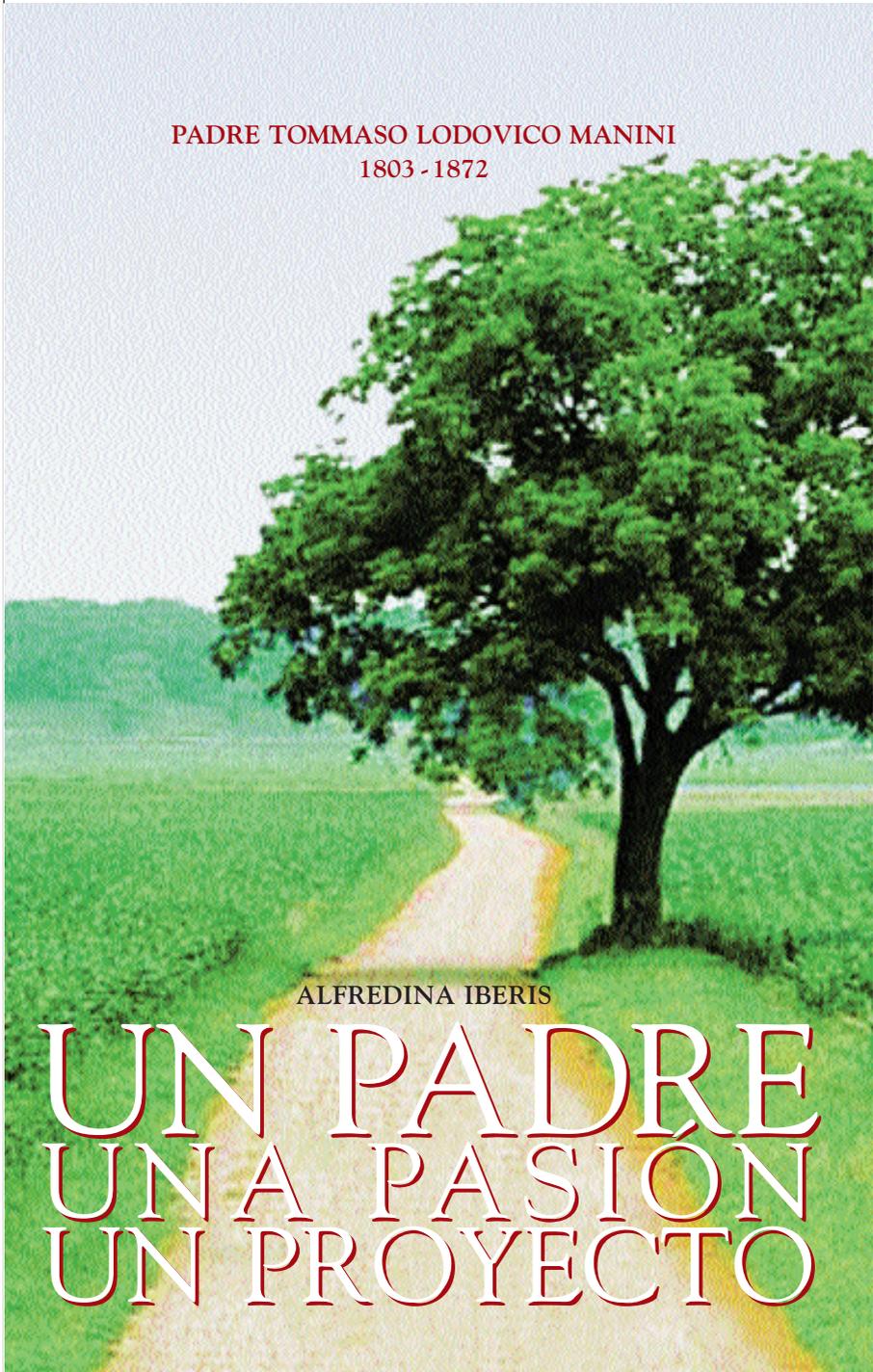
INSTITUTO
HIJAS DE LA DIVINA PROVIDENCIA
ROMA 2002

ALFREDINA IBERIS

UN PADRE UNA PASIÓN UN PROYECTO
PADRE TOMMASO LODOVICO MANINI. 1803-1872



PADRE TOMMASO LODOVICO MANINI
1803 - 1872



ALFREDINA IBERIS

UN PADRE
UNA PASIÓN
UN PROYECTO

UN PADRE
UNA PASIÓN
UN PROYECTO

PADRE TOMMASO LODOVICO MANINI
1803-1872

INSTITUTO HIJAS DE LA DIVINA PROVIDENCIA
ROMA 2002

PRESENTACIÓN

“La vida es como el mar: sube y baja,
tiene tempestades y bonanzas.
Muchas infelicidades se evitarían a los hombres
si, arrastrados por la tempestad,
tuvieran fe en el eterno movimiento
que inevitablemente llevará el oleaje a retirarse”
(André Maurois)

El recorrido histórico de nuestra Congregación, hundiendo sus raíces en el siglo XIX, con la inspiración del Padre Manini, se vuelve hoy proyección hacia el Tercer Milenio. El leer estas páginas nos deja en la boca el buen sabor de algo que íntimamente forma parte de nuestro DNA, de nuestro ser Hijas de la Divina Providencia.

Karl Rhaner dice que al momento del nacimiento, con nuestra historia, inicia una página de la biografía de Jesús, de la cual, aún queriendo, Él no podría prescindir. Es una realidad, fruto del misterio de la Encarnación. Contemplando a Jesús se puede contemplar algo de la vida del Padre Tommaso Manini. Leyendo la historia de Jesús se pueden leer las líneas de aquella página que el Padre Manini ha escrito con Él para nosotras Hijas de la Divina Providencia.

Esta página, que Sor M. Alfredina Iberis, con sentimientos de hija, quiere transmitirnos, osando cruzar el umbral del corazón de un Padre, cuya trayectoria está escalonada por la búsqueda constante de la Voluntad de Dios, por el abandono confiado y total, sobre todo en las tempestades, a aquel “eterno movimiento” que, a la señal de Jesús, lleva “el oleaje a retirarse”.

Un proyecto de Vida nos acompaña y ve hacia el futuro con la mirada fija en el misterio de la Providencia Divina: así nosotras, Hijas de la Divina Providencia, nos preparamos a conmemorar el nacimiento del Padre Manini, y, con él, los orígenes de nuestra Congregación, conscientes que en el pasado se encuentran presentes signos y fundamentos de compromiso, de responsabilidad y de esperanza.

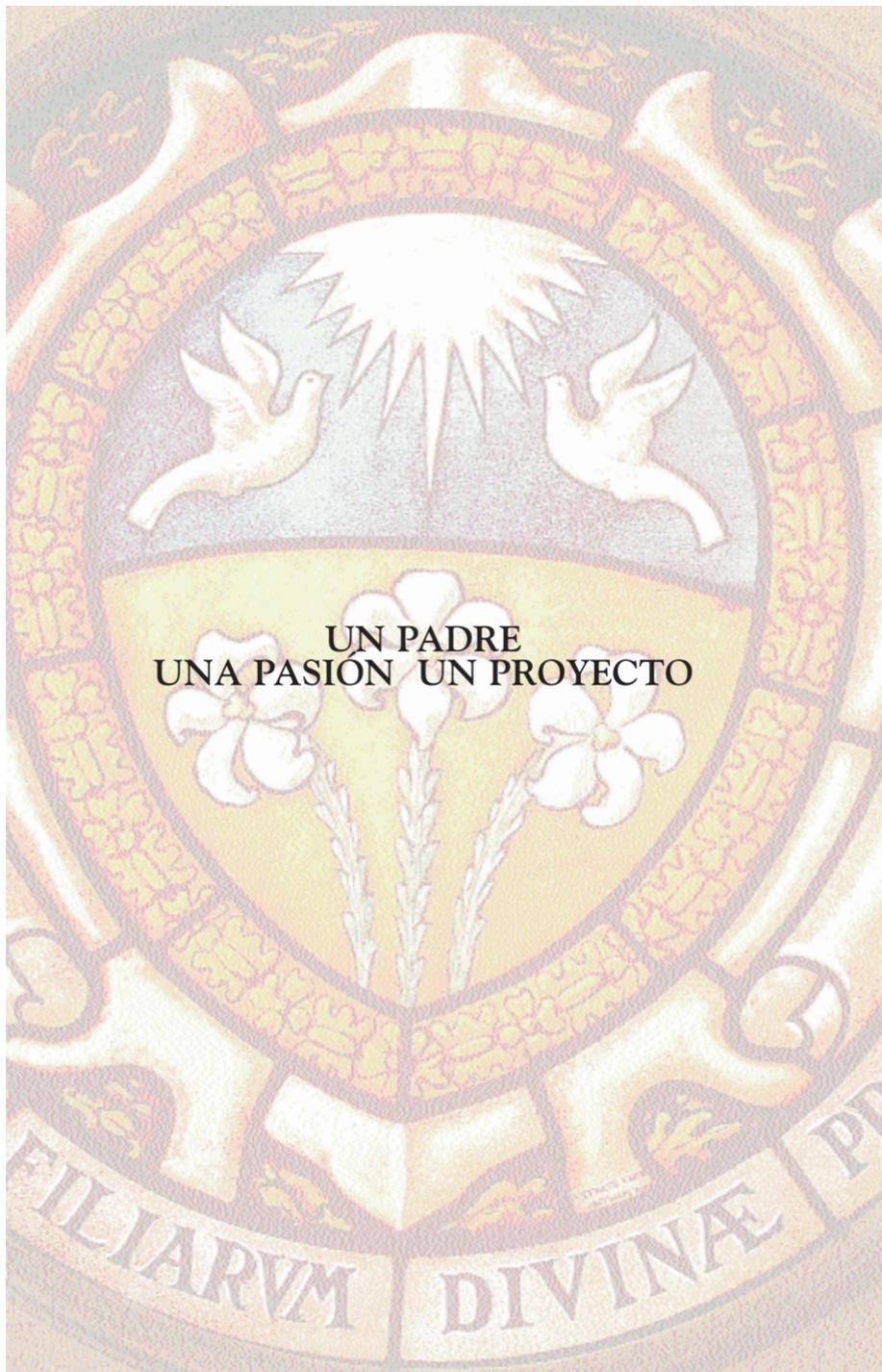
No podemos repetir, literalmente, las realizaciones con las cuales está trazada la vida del Padre Manini y de la Madre Elena Bettini, tampoco aquellas que han dejado huella en el camino de la historia. Ésas reflejan problemas y sensibilidades muy diversas de las actuales.

Sin embargo, debemos recoger, de lo profundo de su experiencia de vida, como Sor. M. Alfredina nos conduce en la lectura, aquellos sugerimientos que nos permiten interpretar mejor el hoy y encarnar, en la realidad siempre nueva, el mismo carisma.

Ésta me parece la actitud a asumir de frente a lo que se nos confía por quien ha vivido antes que nosotras, señalando el camino.

Lo auguro para mí y para todas ustedes, queridas hermanas, al recordar el Bicentenario del nacimiento de nuestro querido Padre Fundador.

Sor. M. Carmen Perri
Superiora General



UN PADRE
UNA PASIÓN UN PROYECTO

FILIIARVM

DIVINAE

CAPÍTULO I SEMILLAS DE LUZ



En el segundo centenario del nacimiento del P. Tommaso Ludovico Manini, nosotras Hijas de la Divina Providencia volvemos a visitar la tierra sagrada de los orígenes, con el corazón lleno de emoción y gratitud, en la certeza que aquellas semillas de luz están todavía cargadas de fuerza vital y de profecía para hoy. Nuestros orígenes llevan su nombre y poco importa si las noticias biográficas son fragmentarias y a trazos misteriosos. Lo que cuenta para nosotras es saber que hemos tenido un padre, un maestro, un guía apasionado y tenaz, no obstante las mil contradicciones sufridas.

Y a este padre nosotras no lo buscamos en el pasado, en un recuerdo grato, pero lejano; sabemos que Él está ante nosotras, está a nuestro lado para

ayudarnos a leer los signos de los tiempos y responder a las nuevas propuestas del Espíritu con la radicalidad y fidelidad que marcaron toda su vida.

El Padre Manini nació en Reggio Emilia el 7 de mayo de 1803. A los 19 años pide ser admitido en la Congregación de los Clérigos Regulares de San Pablo y al año sucesivo profesa solemnemente los votos religiosos en la familia de los Bernabitas.

Terminados en Roma los estudios de filosofía y teología, después de una breve estancia en Nápoles como docente de retórica y en el Colegio de San Dalmazzo de Turín, regresa a Roma, nombrado párroco de San Carlos *ai Catinari*.

Es el año 1829. El Padre Manini tiene 26 años y lleva en el corazón todo el entusiasmo de una juventud consagrada a Dios y el fuego carismático de su Fundador “...*El Crucificado os enviará a anunciar la viveza espiritual y el espíritu vivo por doquier*”¹.

En el centro histórico de Roma, el joven párroco entra rápidamente en contacto con una degradación social y espiritual impresionante: “*el barrio era la madriguera de un vulgo turbio que impugnaba al de Trastevere y de Monti el primado de la arrogancia*”. Se comprende, continuando la lectura de la historia del tiempo, que aquella “arrogancia” era de la gente más pobre continuamente en lucha por la existencia.

El Padre Manini todos los días recorre aquellos callejones que desembocan en *Campo dei Fiori*, las

¹ S. ANTONIO MARÍA ZACARÍAS, *Carta IV*, p. 50, Roma 1975.



calles que llevan a la vecina Plaza Venecia, se adentra en las callejuelas más escondidas donde resuenan chillidos y gritos de niños abandonados.

Su corazón gime ante este espectáculo: no puede resignarse a mirar, no puede limitarse a predicar, siente que debe dar la vida.

A imitación de Jesús, muerto y resucitado, que constituye el corazón de la espiritualidad paulina, sabe que está llamado a “perder la propia vida” y se prepara a acoger aquel proyecto de amor que la Providencia le revelará.

Por ahora no puede imaginar el alcance, ni prever el precio, pero allí está, inmerso en la oración, a la sombra de un confesionario.

A pocos pasos de San Carlos, en la comunidad parroquial de Santa Lucía *alle Botteghe oscure*, vive una familia sobre la cual se ha posado la predilección de Dios. Es una familia sencilla y trabajadora, una familia profundamente cristiana que vive la Palabra de Dios y confía en Él.

La hija más pequeña ha hecho la primera comunión en la Pía Casa del Niño Jesús en las cercanías de Santa María la Mayor y ha completado los estudios en la escuela de las Maestras Pías Venerinas *all' Arco dei Ginnasi*.

En el ámbito de su Parroquia y de las iglesias vecinas le encomiendan, con plena confianza, la catequesis de los más pequeños.

Se llama Elena Bettini y tiene 15 años.

CAPÍTULO II

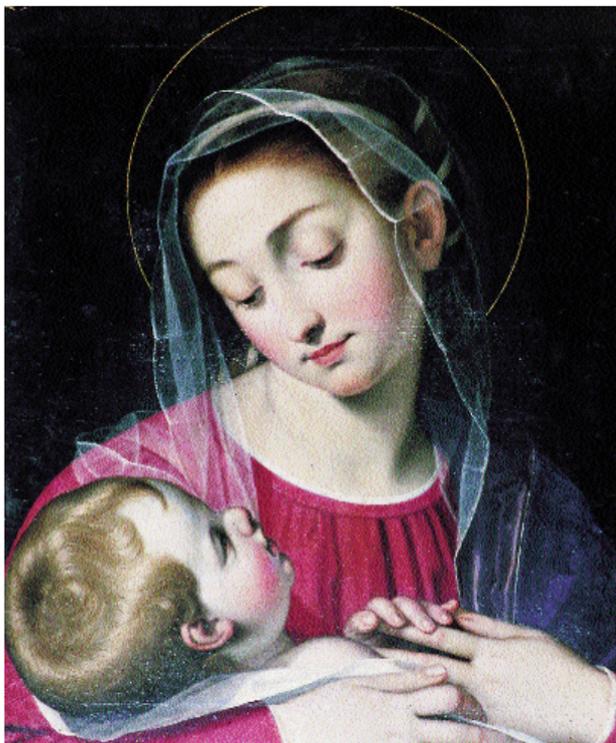
CAMINOS QUE SE ENCUENTRAN



En la primera mitad del siglo XIX no podemos decir que en Roma faltasen las escuelas. Pero los tiempos eran difíciles y muchas cosas habían cambiado, como consecuencia de los hechos históricos que conocemos. Aquellas escuelas eran administradas por un Estado liberal y fundamentalmente laico que intervenía también en las obras de asistencia, caridad e instrucción pertenecientes a la Iglesia.

La escuela que soñaba el Padre Manini, para las niñas más pobres de su parroquia, era muy diversa.

La escuela de la Providencia debería ser del todo gratuita, libre de personajes influyentes o protectores interesados, debería ser una escuela sin los apoyos humanos que, antes o después, crean dependencia. Debería ser una escuela que prepara para la vida, por



tanto también para los trabajos típicamente femeninos en consideración de la familia. Pero ¿con cuáles medios la realizaría? Y ¿con quién podía contar? Estos interrogantes los confiaba todas las mañanas a la Madre de la Divina Providencia y escrutaba los signos de la voluntad de Dios en los senderos de cada día. No sabemos si logró confiar en alguien. Ciertos proyectos “sostenidos en el aire”

son naturalmente eludidos o ridiculizados. La prudencia humana, siempre calculadora, reclama sus límites.

El Padre Manini era muy joven para ser tomado en serio. ¿Quién se compromete en una aventura de estas proporciones? Pero la mirada de Dios se había posado sobre una criatura simple y pequeña, toda abierta a la Gracia y esperaba la hora de la cita para hacer con ella grandes cosas.

De entre los hijos de Jesé, Samuel debería consagrar un rey, pero ninguno de aquellos que el padre le presentó eran agradables a Dios. Quedaba el más pequeño, un muchacho insignificante que estaba pastoreando el rebaño. “*Álzate y úngelo: es él*”.



Un día que no conocemos, mientras el cielo de Roma se oscurece al improviso y comienza una lluvia abundante, Elena Bettini encuentra refugio precisamente allí, en la iglesia de San Carlos. La lluvia persiste, entonces ella avanza por la amplia y bellísima iglesia y se detiene en oración ante la dulce imagen de la Madre de la Divina Providencia. Luego descubre la pequeña luz de un confesionario y se arrodilla.

“Elena no podía ignorar la atracción que emana de la figura paterna y a la vez majestuosa del religioso, esquivo de las modas y los rumores del mundo, retirado en la oración y el estudio, y –precisamente por esto- muy cercano a las necesidades espirituales de las almas. Ella había asistido, seguramente, a las celebraciones de los

*Bernabitas de San Carlos, que no rara vez eran solemnes, frecuentadas por grandes y modestos personajes: Elena debe haber escuchado al menos algún ciclo de predicaciones de estos religiosos y tanto quizá había bastado para imprimir en el ánimo de la joven un sentimiento de respeto y de confiabilidad que los religiosos de san Carlos sabían suscitar en quien les frecuentaba y de lo cual es prueba evidente el mismo cenáculo de cultura y piedad que fue la parroquia y la casa religiosa de los Catinarios durante todo el siglo XIX*².

Elena Bettini no sabe que está precisamente él, el Padre Manini, en el confesionario, pero le abre el corazón. Como experto director espiritual, el párroco advierte la transparencia y libertad interior de aquella joven, reconoce los signos del paso de Dios en su vida, siente nacer en sí una esperanza nueva.

Elena Bettini, aunque es muy joven e inexperta, tiene su misma pasión educativa, tiene un sueño en el corazón y se dará cuenta en breve que Alguien la estaba esperando.

Todo sucede tan rápido y el 8 de septiembre de 1832 tres jóvenes: Violante Parigiani, Luisa Migliacci y Elena Bettini reciben de manos del Padre Tommaso Manini el hábito que las distinguirá como “Hijas de la Divina Providencia”.

² SERGIO M. PAGANO, *La carità per le fanciulle povere fra Trastevere e l'Arenula: il sorgere dell'opera di Elena Bettini*.

Por ahora son “las monjitas de San Carlos” y el 21 de noviembre del mismo año se abre, con ellas, la primera escuela, aquella escuela tan deseada.

Padre Manini había encontrado una casa, por demás pobre y desguarnecida, que tenía, aunque privados de muchas cosas necesarias, los locales para la escuela.

“La calle dei Falegnami es un espectáculo rebosante de popularidad con sus hijas maleducadas y ruidosas³, pero bastan pocos días y un espectáculo aún mayor llena de admiración a la gente del barrio.

“El espectáculo del numeroso alumnado que cada día más disciplinado frecuentaba San Carlos atrajo siempre una mayor simpatía por la nueva institución, de modo que muy pronto, por falta de locales, se tuvieron que cerrar las inscripciones”⁴.

Hay un observador entre la gente, que viene del cercano Colegio Romano junto con algunos amigos, sólo para gozar del “edificante espectáculo de las Monjitas que conducen una larga fila de niñas”: es Monseñor Raffaele Sirolli, nuestro “Ángel Consolador” como lo llamará Elena Bettini, el más grande y amado benefactor del Instituto.

Aún no ha transcurrido un año de la fundación, cuando el Padre Manini le informa directamente al Santo Padre: “Bajo la protección de María Santísima de



³ L.M. MANZINI, *La Serva di Dio Suor Maria Elena Bettini*, p. 14, Roma 1946.

⁴ L.M. MANZINI, *op.cit.*, p. 15.

la Providencia, en la Parroquia de San Carlos ai Catinari, se ha erigido una escuela.

Tres pusieron la piedra de este edificio...Se unieron y juntos en un solo espíritu y con un solo corazón pusieron manos a la obra. El fin que se han propuesto es la educación de las niñas más pobres, abandonadas y amenazadas por el rechazo de la sociedad.

Ocho son las actuales maestras, a las cuales anhelan unirse otras diez o doce que ya hicieron solicitud.

Ellas vieron y contemplaron, con inexprresable consolación, bendecida por Dios su pía intención, de manera que harapientas, miserables jovencitas, recogidas de las fuentes y calles públicas... las cuales frecuentan sus escuelas, ya poco a poco muestran aprender, junto con el temor de Dios, la práctica de las virtudes cristianas...”

CAPÍTULO III

NO A TODOS SE LES CONCEDE ENTENDER



Toda obra de Dios conoce el desierto, la prueba, la fatiga, la tentación, frecuentemente la persecución. El Padre Manini ha visto nacer en la calle *dei Falegnami*, n. 58 la primera escuela gratuita de Roma para las niñas más pobres. Ha trazado el programa, ha establecido el horario semanal, ha dividido las tareas y las responsabilidades. Ya piensa en una Regla para la pequeña comunidad religiosa. La Superiora es Violante Parigiani que tiene todos los requisitos y cualquier año más con respecto a los 18 de Elena Bettini. Sor María Violante es una mujer de oración, una mujer fuerte, capaz de cualquier sacrificio, una mujer que ama.

“Finalmente una escuela nueva ha sido abierta por

algunas maestras llamadas de la Providencia que viven en comunidad con regla particular aún no aprobada. Tienen por Regla instruir a las niñas pobres en la religión, los trabajos femeninos y las primeras letras y quieren absolutamente que sean pobres y por ninguna cosa al mundo cogerán la más pequeña compensación por sus fatigas”⁵.

A las escuelas elementales “ricas de 200 jóvenes” se añadieron pronto las Escuelas Maternas y más tarde una guardería infantil.

Desde las primeras reglas, bosquejadas por el Padre Manini, es clara la finalidad de la obra: *“Las Hermanas que vendrán admitidas en este Instituto, mientras deberán procurar estar siempre unidas al Señor por la oración continua, tendrán que emplearse incesantemente en el bien espiritual y temporal de las niñas pobres, las cuales, cuanto más pobres sean, tanto mayor derecho tendrán de ser admitidas”*.

Incluso para la admisión de las jóvenes a la vida consagrada, previniendo los tiempos, el Padre Manini no exige la dote: las más pobres pueden ser igualmente acogidas con tal que demuestren, como las otras, auténtica vocación.

Pero viendo que el número de las jóvenes aumenta día a día, no obstante la pobreza rigurosa del Instituto y el trabajo a tiempo completo, se da cuenta que tiene necesidad de ayuda y que urge una casa para el Noviciado. Ya en 1833,

⁵ C.L. MORICHINI, en una publicación de 1842.

escribiendo al Santo Padre, expone los deseos de su corazón.

“Conociendo que para muchas jóvenes verdaderamente llamadas a la vida de recogimiento y fuera del mundo es un gran impedimento la falta de medios, y que en la mayor parte de los monasterios de esta ciudad, mejor dicho en todos, se excluye a aquellas que nacen plebeyas, confiando ellas (las hijas de la Divina Providencia) en la infinita providencia de Dios, no mirando sino a las pruebas de virtud, no piden dotes y no rechazan a ninguna.

Falta verdaderamente un monasterio que abrace a todas las condiciones y no mire a la fortuna, donde el único patrimonio sea la vocación sincera...

Esta reflexión y la visión de este bien me mueve a solicitar de Vuestra Santidad un local, cuanto angosto y desprovisto, donde colocar como en un Noviciado, las postulantes y allí experimentar su vocación”.

La Providencia se sirve de manos misteriosas o de rostros conocidos, para dar a manos llenas, pero deja siempre un gran espacio para los sacrificios y las privaciones de las Monjitas.

A veces la Providencia calla, pero sólo para que crezca la fe y aumente la confianza.

Una mañana, después de penosa espera y de oraciones sin respuesta, cuando los trabajadores amenazaban con interrumpir los trabajos en la escuela, el Padre Manini, inmediatamente después de la celebración de la Misa, ve en la sacristía un envoltorio olvidado: es la suma necesaria para pagar a los trabajadores.



UN PADRE UNA PASIÓN UN PROYECTO



Algunas veces el soplo del mal se vuelve espantoso, pero sólo para que la obra crezca únicamente abandonada en la amorosa Providencia del Padre.

Y aquel Padre que reviste de maravilla las flores del campo y no olvida los pájaros del cielo, cuida de ellos. Los soplones gritan: “¿Cómo es posible fundar una obra así, a la desesperada, sin un centavo, sin un punto de apoyo?” “Un Instituto sin fundamento... sin el apoyo de nadie, está destinado a derrumbarse”.

Por lo demás, así habría sido; pero la verdadera paternidad de la obra se remontaba a la Divina Providencia, y entonces se entiende cómo Elena Bettini, de frente a la propuesta de abrir una casa, la que será la segunda casa Madre del Instituto, en un barrio desacreditado como el *Testaccio*, dirá simplemente: “*Esta es obra para nosotras*”.

Había aprendido del Padre Manini a contar únicamente con la Presencia Providente de Dios Padre, a hacer Su Voluntad con amor de hija, a experimentar la pobreza de los últimos, siempre al servicio de ellos, en los lugares más devastados.

En la carta de 1836, relacionada a una propuesta de fundación, el Padre Manini no escondía que el Instituto se apoya “sobre bases tan inciertas”, pero inmediatamente después precisa: “Digo inciertas *secundum hominem* – pero *certísimo, firmísimo, indefectible, eterno fundamento secundum Deum*. Sin embargo con mucha prudencia a veces los Superiores fundan su juicio sobre aquellas y no sobre esto”.



Y un día debiendo presentar brevemente la identidad de sus hijas, da sólo dos notas: “*Son pobres... y viven enteramente abandonadas a la amorosa Providencia del Padre*”.

Sobre esto reposa toda la fuerza de nuestros orígenes. “*Felices aquellos que confían en Dios y no piensan en el mañana, sino que duermen con confianza entre los brazos de la Providencia Paterna del Señor*”⁶.

El estupor está aquí, el secreto está sólo en la fe y no a todos se les concede entender.

⁶ Carta de Vercelli del 28 de octubre de 1847.

CAPÍTULO IV VOSOTRAS SOIS DE DIOS



Una tarde de octubre de 1835 el Padre Manini, de repente envejecido bajo el peso de cuanto estaba por decir a sus hijas, entra en la casa de Vía dei Falegnami.

Quizá, en la esperanza de poner fin a aquella “persecución que había puesto a desmedida prueba la paciencia del pío Fundador”⁷, había pedido ser exonerado del oficio de Párroco, pero debía partir a Turín.

Las páginas que registran las memorias de aquellos días tocan el corazón. Improvisamente, apenas después de tres años, aún entre tantas tormentas e interrogantes, venía a faltar precisamente él “el providente, el padre, el conforto, el guía”⁸.

^{7/8} De las memorias de Vía dei Falegnami.

El Padre Manini las había ya confiado al Superior General de su Congregación, había rogado a sus hermanos sostener aquella obra que amaba más que a su vida, había anticipado por tres años el pago del alquiler y debía partir.

¿Dónde encontrar las palabras de confortación para sí y para sus hijas sino en la fe? *“El pensamiento de deber alejarme de vosotras sería el primero y el principal que pudiese amargarme si el Señor, en su bondad, no me moviese a poner en él todas mis esperanzas”*. Estaba viviendo el momento más alto de aquel *“dar la vida”* y quería declarar humildemente que no era él el Padre, sino sólo el instrumento en las manos de la Providencia. Era su voluntad la que contaba y se podía acogerla aun sin entenderla. Sobre esta roca había fundado el Instituto y el nombre por él elegido debía ser precisamente *“Hijas de la Divina Voluntad”*. Estas hijas tenían de tal manera en el corazón el deseo de cumplir la voluntad de Dios, por encima y no obstante todo, que hasta nuestros días ha llegado el eco de aquella sigla que iniciaba cada carta: PPPADDV (por el más perfecto cumplimiento de la Divina Voluntad).

Aquella tarde había llegado el momento de testimoniarlo con la vida y con el corazón que se parte.

Bendiciéndolas una a una, el Padre Manini graba en sus corazones las palabras del adiós: *“Vosotras no sois de vosotras mismas, ni de algún otro: vosotras sois de Dios”*.

“El amor al Señor que portáis os enseñará y os moverá en la generosa empresa para poder decir con la esposa sacra: Mi amado es todo mío y yo soy toda de Él, no haciendo cosa alguna sino para agradar a Él”.

“Sed fieles al Esposo, valientes en las adversidades, llenas de celo por el bien del prójimo. Caridad y unión entre vosotras, caridad con todos, una vez más y siempre tenedla presente, la caridad”⁹.

La Providencia elige a quien quiere y toda misión tiene su tiempo: quien es llamado a sembrar, quien a regar el terreno, quien a recoger los frutos. Quien es llamado a la primera hora, quien al mediodía, quien por la tarde; el tiempo le pertenece y no es la larga duración de la vida la que cuenta, sino la intensidad del amor que gratuitamente se dona, después de haberlo recibido gratuitamente del corazón de Dios.



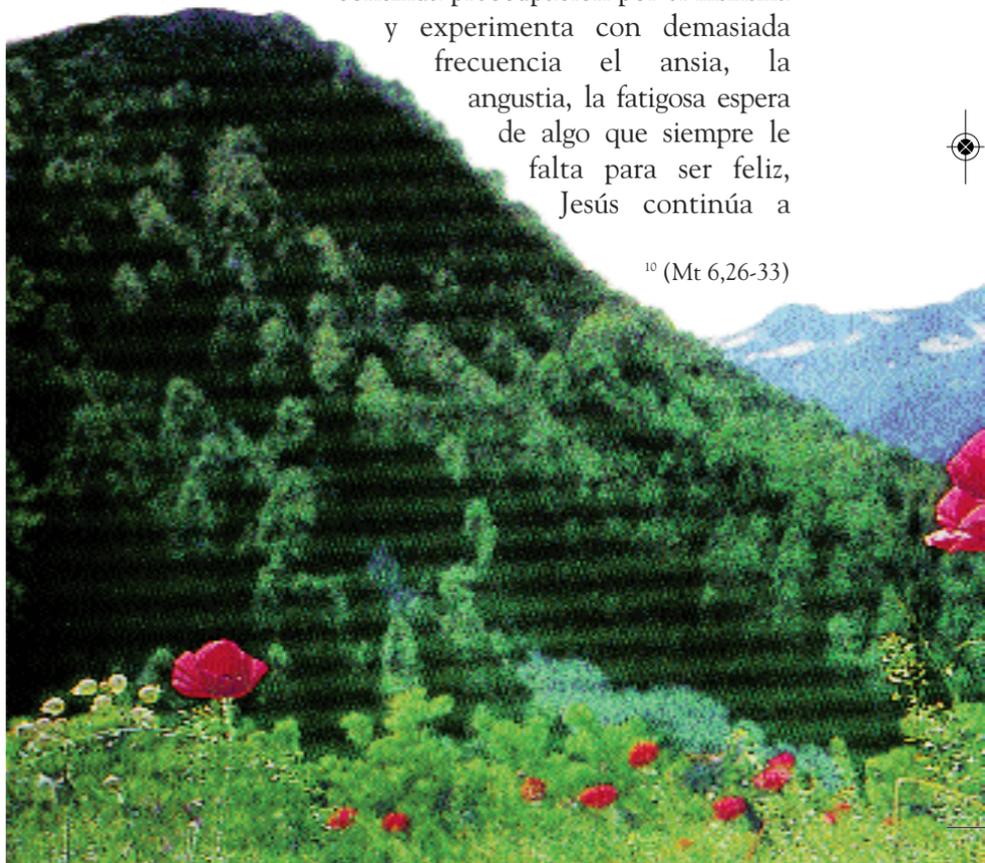
No tengáis miedo al mañana, no os afanéis por esto o por aquello, el Padre sabe de qué cosa tenéis necesidad: *“Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un solo codo a la medida de su vida? Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y*

⁹ L.M. MANZINI, op. cit., p. 17.

*mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer? ¿Qué vamos a beber? ¿Con qué vamos a vestirnos? Que por todas esas cosas se afanan los gentiles; pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. **Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura**”¹⁰.*

Al hombre de ayer y de hoy que se afana en la continua preocupación por el mañana y experimenta con demasiada frecuencia el ansia, la angustia, la fatigosa espera de algo que siempre le falta para ser feliz, Jesús continúa a

¹⁰ (Mt 6,26-33)

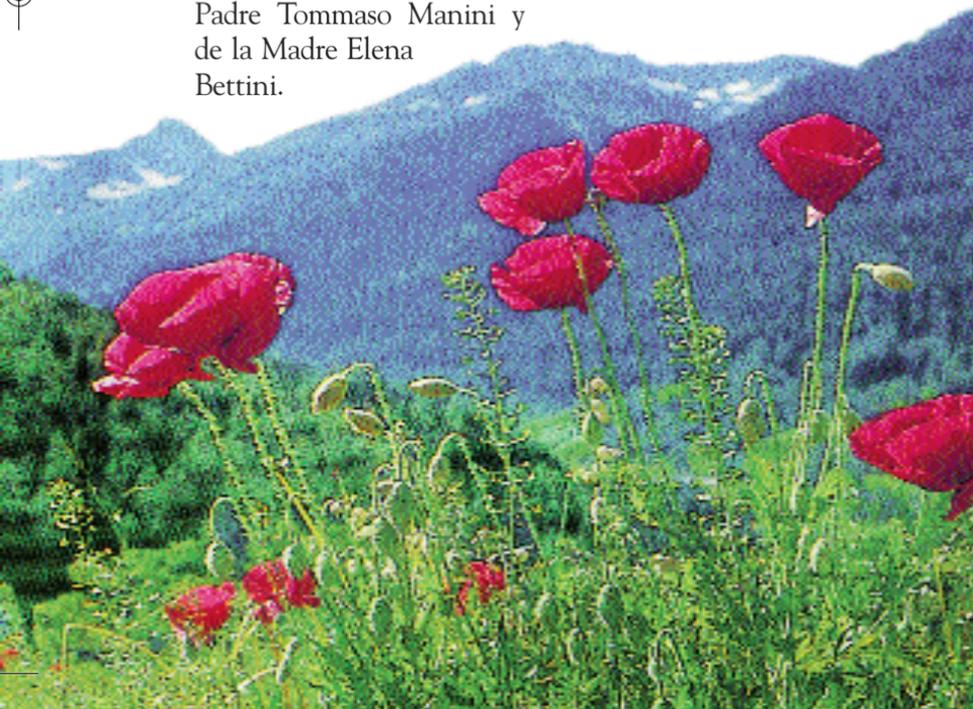


poner esta maravillosa imagen de los pájaros del cielo y de las flores del campo.

Las Hijas de la Divina Providencia están llamadas a ser criaturas de esperanza y confianza, criaturas que se fían de la amorosa Providencia del Padre con la simplicidad de los pequeños.

La búsqueda prioritaria del Reino de Dios libera el corazón de toda ansia por el mañana, de todo afán por las fatigas de hoy, creando un espacio interior “reservado” que ninguna preocupación puede alcanzar porque está habitado por la Presencia Providente de Dios.

Este es el corazón del nuevo carisma que el Espíritu Santo está donando a su Iglesia en las manos del Padre Tommaso Manini y de la Madre Elena Bettini.



CAPÍTULO V LA BIENAVENTURANZA DEL ABANDONO

En el verano de 1837 Roma fue golpeada por el cólera que, en el giro de pocos meses, hace estragos. Se cierran las escuelas y a las Hijas de la Divina Providencia las puedes encontrar en las calles y en los hospitales donde asisten a los enfermos, dispuestas a cualquier sacrificio.

No es pues tan extraño, desde el momento que el Padre Manini, presentando el Instituto al Papa, poco después de la fundación, haya previsto también esta posibilidad para sus hijas:

“No es su intención, cuando Dios lo desease, restringirse a esta sola Parroquia o a esta clase de personas, sino también y fuera de dicho recinto y asumirse la educación de honestas doncellas; y aun estar prontas y dispuestas, en caso de peste (¡que la Providencia de Dios tenga

lejana!), abundando en número, acudir, requeridas, a la asistencia de las enfermas en los hospitales”.

El 12 de octubre el “Diario de Roma” comunica finalmente que el flagelo ha terminado.

Todo parece volver a la normalidad, se reabren las escuelas. Las Hermanas, de enfermeras improvisadas, vuelven a su misión educativa, pero hay otra noche por vivir, un adiós no menos doloroso que el del P. Manini.

Es el 1839, a los muchos problemas financieros del Instituto está ayudando un nuevo Benefactor: Don Girolamo Marucchi, rector del Conservatorio de la *Madonna dei Monti*.

Inicialmente desconfiado hacia una escuela sin bases económicas seguras, por simple cortesía, visita los locales, pero queda impresionado por la vida que llevan aquellas Hermanas en un campo educativo tan amplio, y les toma un afecto tal, que lo lleva a proveer inmediatamente a las necesidades más urgentes.

Con el tiempo, sin embargo, nuestro benefactor se siente quizá con el deber de pensar en la dirección misma del Instituto.

La Superiora, lejana del Padre Manini, pero cada vez más convencida de aquellos principios animadores que ahora le parecen comprometidos, se debate entre la duda y el miedo de traicionar aquel espíritu de pobreza y de total abandono en la Providencia que considera esenciales.

El trabajo es tanto, las preocupaciones crecen y su salud, ya precaria, comienza a empeorar.



A las manifestaciones de descontento que Don Marucchi escribe al P. Manini al respecto, él, el Padre lejano, no puede sino repetir la confianza total depositada en ella: *“Yo jamás he dudado de la Hermana Violante. He conocido siempre su corazón”*. Y para defender mejor el Instituto de toda injerencia indebida precisa que: *“Las Hermanas deben preferir, a cualquier otra cosa, la voz de su Superiora, cuando se trata de sus deberes de observancia y de Regla”*. A Don Marucchi responde, entre otras cosas, que de hecho no ha olvidado aquella obra, más aun: *“me es más querida cuanto más lejana y lo que más temo es que se haya en algún modo alejado del primer espíritu de pobreza, de humildad y de obediencia”*.

El punto de ruptura sucede cuando Don Marucchi propone a las Hermanas una Fundación en Puglia. La Superiora no puede aceptar la idea que le parece absurda y es el fin. Inmediatamente se forma el vacío en torno a ella: los amigos y benefactores de antes niegan toda ayuda hasta que ella, la Superiora, no abandone el Instituto porque *“Ella era un impedimento para la subsistencia y el buen progreso de éste”*.

Sor María Violante Parigiani, nuestra primera Madre Superiora, apenas escucha estas palabras *“se arrodilla con las manos juntas, dirigidas al Cielo y dice: ¡Bendito sea Dios! Se haga en mi su Divina Voluntad”*¹¹.

¹¹ Pos. sup. virt., c. II, pp. 37-38.



Jamás habría comprometido, con su presencia, el futuro del Instituto que ama tanto; y aquella misma tarde, 6 de agosto de 1839, viene el papá a recogerla.

En la pequeña comunidad de *Vía dei Falegnami* reina la turbación.

Sor M.Luisa Migliacci había ya regresado con su familia porque sentía más atracción por una vida de clausura y penitencia extraordinarias.

De las primeras tres vocaciones queda la más joven: Elena Bettini, y ahora no existe nadie más que ella con el deber de asumir toda responsabilidad, precisamente ahora, en el momento más dramático, en la hora del fracaso definitivo.

El mismo Padre Manini admite que no había pensado jamás confiar a ella esta pesada tarea, pero ahora es la Divina Providencia a hacerlo, y sin intermediarios.

Con veinticinco años, hay un nuevo grande SÍ para pronunciar, Sor María Elena Bettini se toma todo el riesgo, cree con corazón de hija, se confía con la simplicidad de un niño y descubre la bienaventuranza del abandono.

Es ella la Fundadora, la Madre, la Hermana para todas y para cada una de nosotras, ayer, hoy y mañana.

También el nombre del Instituto se ha definido espontáneamente: ¿cómo llamar a aquellas Monjitas, serenas bajo cualquier tormenta, dispuestas a todo, humildes y atentas a cualquier necesidad sino ***Hijas de la Divina Providencia?***

Los varios nombres propuestos sucesivamente por el Padre Manini: “Angélicas” “Marianas” “Hijas de la Divina Voluntad” cedieron el puesto a aquel más evidente e inmediato que le caracteriza desde el primer día y que es su signo distintivo.

Sí, es aquella maravillosa página del Evangelio de Mateo la que encierra la perla preciosa de nuestro carisma.

En el mes de julio de 1842 la primera alumna de la escuela de Vía dei Falegname, Marianna Mella, está preparada para vivir, a la luz de esta espiritualidad, la aventura de hija de la Divina Providencia.

CAPÍTULO VI MEMORIA AGRADECIDA



En 1844, con ocasión del capítulo general de los Bernabitas, Padre Tommaso Manini regresa a Roma. No es fácil imaginar lo que está sintiendo mientras se acerca a *Vía dei Falegnami*.

¡Cuántas cosas habían sucedido en el breve espacio de nueve años! ¡Cuántas cosas habían cambiado desde entonces! En la pequeña comunidad existían los vacíos dolorosos y las nuevas esperanzas que estaban naciendo.

Los pequeños y grandes malentendidos, agudizados por la lejanía, quizá frenaban la fuerza impetuosa de su gozo de llegar.

Madre Elena Bettini, después de todas las pruebas que conocemos, está viviendo algunas de excepcional intensidad. Se siente herida directamente en su ser

Madre y sólo puede llorar y orar en el secreto de su alma.

En el giro de pocos meses Sor María Cerulli ha dejado la Congregación, Sor M. Antonia Doboletti ha muerto, seguida por Sor M. Ana Mella apenas Novicia. El regreso imprevisto del Padre Manini es un rayo de sol en medio de tanta oscuridad. No hay tiempo para aclarar equívocos y malentendidos y ya no sirve más porque el Padre Manini está feliz por volverla a encontrar, su primogénita que, no obstante todo, ha continuado a llamar afectuosamente: “*Hija bendita en Jesucristo*” “*Queridísima Hija mía en Jesucristo*”.

El Padre Manini está feliz por los progresos de su Obra, conoce los rostros de sus nuevas hijas y, precisamente en su presencia, viene acogida como aspirante Carlota Ferreri; y dentro de pocos meses otra ex-alumna de la escuela, Luisa Fiorani, pedirá ser Hija de la Divina Providencia.

A la Madre Elena Bettini que a veces duda de su vocación y teme no corresponder lo suficiente a lo que Dios espera de ella, repite aquello que le escribirá también de lejos, de modo categórico para que no lo olvide jamás y viva en el gozo: “...*Dios que os ha elegido para su obra, Dios que ha sostenido su obra, dando a vosotras fuerzas que no eran vuestras, Dios que la ha sostenido no obstante tantos esfuerzos de los hombres, de las circunstancias y del demonio para que fuese derribada, sirviéndose de vosotras Dios os ha hecho tocar con la mano que Él os ha llamado, que vuestra vocación venía de Él y que vosotras, siguiendo lo que el consejo de vuestro padre*

*entonces os sugería, habéis seguido sin dudas la voluntad de Dios...*¹².

Reviviendo la experiencia de la llamada de Elena Bettini y de su misma vocación, el Padre Manini se da cuenta que aquella Obra, realizada con tantos sacrificios, forma parte de su vida y no será capaz jamás de separarse de ella: *“La obra y sus personas me son tan o más queridas que mi vida: siento que estaría dispuesto, con la ayuda de Dios, a dar la vida por ésta y por ellas si fuese de gloria al Señor”*¹³.

Pero mientras revive todo esto, toma conciencia, con una dolorosa punzada, que ha llegado la hora de hacer también esta separación. Viviendo tan lejos es conveniente delegar definitivamente toda responsabilidad.

Verdaderamente ya en 1841 por escrito *“remitió y abandonó en todo y por todo al Padre General, el orden, el caminar y la subsistencia del Instituto, con facultad de retener o delegar a otros cualquier autoridad que sobre él le pudiese competir como fundador”*.

Esto en realidad lo consideraba necesario y su voluntad de separarse era pronta, pero el amor era más fuerte y con ello debía enfrentarse hasta el fin de sus días. Sabemos con certeza que, en lo profundo de su corazón, aquella renuncia no sucedió jamás.

Con gozo, sin embargo, ahora se da cuenta que sus hermanos han hecho milagros y quizá no aman menos



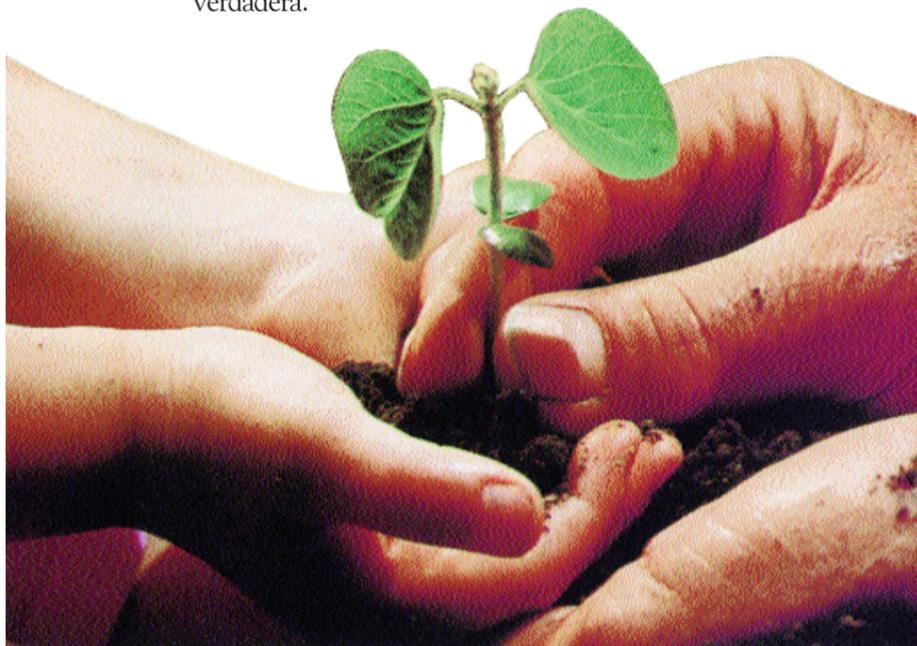
¹² Carta de Venecia de 1855.

¹³ Carta de Venecia del 4 de julio de 1854.

que él aquel pequeño retoño, lleno de vida, que en cualquier modo pertenece al árbol secular de su Familia. Es verdad que cada criatura de Dios es única y lleva un mensaje irrepetible de su Omnipotencia y de su Amor, pero tiene necesidad de cuidados y de apoyo antes de volar: nosotras hemos encontrado todo esto en los Padres y Hermanos Barnabitas.

¡Cuántos nombres y cuántos rostros tan queridos para nosotras en el curso de la historia! Permanecen inolvidables particularmente aquellos que más han amado y sufrido, viviendo con nosotras las incomodidades y las cruces de los inicios.

Aquellos nombres están escritos en el corazón de todas las hijas de la Divina Providencia y los recordamos cada vez que regresamos a los orígenes para cargarnos de fuerza carismática y reencontrar nuestra identidad más verdadera.



CAPÍTULO VII A LA SOMBRA DE LA CRUZ



Habíamos dejado al Padre Manini en San Dalmazzo en Turín, donde los Padres Barnabitas, tenían el teologado para la provincia piemontese. Pero después de algunos años se vuelve rector del colegio ducal de Parma. Todos apreciaban sus dotes pedagógicos, la sabiduría en la dirección espiritual, la predicación de la Palabra de Dios. Era particularmente requerido como predicador de ejercicios espirituales. La misma archiduquesa María Luisa era entusiasta de la presencia de Manini en Parma.

Pero más allá de toda actividad a tiempo completo, por encima de los reconocimientos y títulos honoríficos, existe un trabajo secreto por concluir: sus hijas en Roma esperan aquellas Reglas en torno

a las cuales se ha comprometido desde 1832, cuando le presentó el primer borrador al Vicario del Papa Gregorio XVI con estas palabras: *“Del juicio de Vuestra Eminencia yo podré conocer la Santísima Voluntad de Dios a la cual me abandono enteramente”*. Cuando en 1837 el benefactor Don Girolamo Marucchi le solicitaba terminar el trabajo, el Padre Manini le respondía desde Turín que a propósito de aquella Obra que tanto quería: *“deseo que Usted se persuada que no es menor en mí el interés de verla consolidada y establecida, de aquello que lo fuese una vez de verla nacer y crecer según la estrechez y pobreza. Pero donde se trata de exhibir una regla para ser aprobada... existe necesidad de tiempo y oración.*

Esta reflexión ocasiona mi retardo, y no la negligencia o frialdad por la Obra misma que tanto amo... cuanto más tardo tanto más temo que se haya en cualquier modo alejada del primer espíritu de pobreza, de humildad y de obediencia, sobre el cual ha sido fundada. Basta, yo la he puesto en las manos de Dios. Él conoce mis intenciones, y espero y confío que bendecirá los sacrificios y las fatigas de la pobre Violante y de las demás hijas... Ellas no ignoran que su pobre Instituto está todo fundado y construido en la imitación de la obediencia de Jesucristo, que fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz...

En tanto, ya que se trata de algo tan delicado y tan interesante, diga a las hijas que oren, y Usted mismo recomiende a Dios este asunto y haga hacer oración, para que todo se logre para Gloria de Dios según su Voluntad.

Había pedido a sus hijas colaborar en la redacción de las reglas y ciertamente le habían llegado notas y sugerencias, se concluye esta carta así: *“Diga a Violante que yo recuerdo sus observaciones hechas a propósito de las reglas. Que nada fuese en orden a las escuelas, de lo cual he ya extendido lo que me parece más oportuno y que no rechazo y no rechazaré, siendo necesario, escuchar lo que Ella podrá relevar que sea necesario añadir o quitar...”*

El primer punto de estas reglas, que reclama el fin para el cual la Congregación nació, dice así: *“La obra de caridad que las Hijas de la Divina Providencia pretenden abrazar como la principal de sus ocupaciones en favor del prójimo, les debe siempre recordar que están por Dios destinadas a hacer el oficio de los Ángeles, los cuales mientras gozan y ven a Dios, están todos ocupados en beneficiar, defender e iluminar a las almas. Así las hermanas que vendrán admitidas en este Instituto, mientras deberán procurar de estar siempre unidas al Señor por la oración continua, tendrán que emplearse incesantemente en el bien espiritual y material de las niñas pobres...”*



“Las maestras no tienen nunca vacaciones fuera del tiempo después de las comidas de los domingos y las fiestas de Navidad y Pascua... Vosotras estáis llamadas a una pobreza total y heroica”.

Estas primeras Reglas, por él revisadas muchas veces, llevan la huella de una radicalidad exigente. La vida de las Hermanas está pensada por él a la manera claustral. Prevé hasta una doble rejilla en el locutorio.

Y ha llegado la hora en la cual urge adquirir una casa; si bien esto no está en contraste con la pobreza absoluta que él propone, las Hijas se sienten repetir: *“Llegará el momento, pero no es necesario tener prisa o rechazar el sufrir. En tanto la obra santa se sostiene en cuanto está apoyada en la virtud de la Cruz...”*¹⁴.

Precisamente así: aquella obra, siempre apoyada en la Cruz de Cristo y llevada adelante por un corazón de Madre, enamorado del Crucificado, no puede morir.

Y aquellas Reglas, *“emanadas del corazón incandescente del Padre Manini en la hora de la empresa inicial”*¹⁵ entre las manos y en el corazón de Elena Bettini se colorean de humanidad, de simplicidad, de concreción, de apertura a los signos de los tiempos, y se vuelven nuestras Reglas.

¹⁴ Carta de Venecia del 4 de julio de 1854.

¹⁵ G. y B. PAPASOGLI, *Le chiavi della Provvidenza*, p. 158, Città Nuova, Roma 1981..

El Padre Carlo Capelli, que ha visto crecer de cerca esta pequeña Congregación y la ve abierta a nuevas metas, puede interpretar mejor el soplo particular del Espíritu que la anima e intentar traducir su vitalidad en normas.

La propuesta inicial del Padre Manini permanece la “Carta magna” para toda confrontación y se vuelve el Directorio al cual se hace siempre referencia, pero las Reglas tienen un rostro nuevo, están estructuradas en artículos y adecuadas a la misión educativa en vías de expansión.

El 25 de septiembre de 1855 estas Reglas vienen finalmente aprobadas por la Iglesia.

La exultación de la Hermana Bettini se transparenta de aquella carta de presentación que conocemos de memoria: *“Con toda la efusión de mi corazón...os exhorto a no declinar jamás en vuestro primer fervor y en el espíritu de humildad, de pobreza y de ocultamiento que formó siempre nuestro carácter distintivo y que nos fue causa de tantas bendiciones del Cielo...Sí, hijas amadísimas, aspiramos únicamente a la humildad de la Cruz de Jesucristo...”*

Pero este gozo tan pleno de nuestra Madre pronto es turbado por la sufrida desilusión del Padre Manini, que ve traicionado el impulso inicial de la Obra.

Una vez más nuestro Padre debe callar y sufrir: *“A mí me toca ahora callar y también sufrir, y con paciencia y resignación verme sino con el espíritu, sí con el hecho, dividido por una obra que no puedo sino amar*





tiernamente y de la cual cierto no puedo estar separado de sentimientos, de premuras y de corazón. (...) Pero la Voluntad de Dios bendita sea, que me ha mostrado frecuentemente la aurora con la esperanza que habría visto surgir el sol! Y después el sol no ha surgido y la aurora misma se ha disipado...”¹⁶.

¹⁶ Carta de Venecia de 1855.



¡ Quién sabe cuántos dones las Hijas de la Divina Providencia han recibido y continúan recibiendo de Dios, gracias precisamente a su largo sufrimiento, a este amar largo y tenaz!

CAPÍTULO VIII SAL DE TU TIERRA Y VE...

De Parma, el Padre Manini es enviado a Boloña, luego a Vercelli y de nuevo a Boloña, donde *“se dedica a la predicación y a la administración del sacramento de la penitencia, aunque una grave enfermedad lo había notablemente postrado de fuerzas”*¹⁷.

Desde algún tiempo existe un nuevo drama en su corazón: su mamá, quien ha quedado sola, está enferma. ¡Cuántas noches de insomnio, cuántas hipótesis diversas de solución se habrían esfumado antes del gran paso!

Quien ama la propia vocación y la familia religiosa a la cual siente de pertenecer para siempre, quien ha dado vida a una obra que le es amada más que sí

¹⁷ L. M. MANZINI, *op. cit.*, p. 27.

mismo, se acerca con temblor al gran paso que exige un corte doloroso por todo esto: de manera imprevista la vida aparece sin futuro.

Aquel primer “*sal de tu tierra, de tu familia, de todo lo que amas y ve donde te mostraré*” tenía toda la fascinación de una gran aventura. La misión ponía las alas a su juventud y había partido con el corazón en fiesta, dejando verdaderamente todo.

Pero ahora, que la tarde ha caído y las fuerzas han disminuido, ¿qué querrá decirle el Señor con esta nueva provocación?

¿Qué ayuda concreta podrá ofrecer a su madre en el momento más difícil de su vida? Y ¿por cuánto tiempo? ¿Qué será de su pertenencia a la Congregación de los Clérigos Regulares de San Pablo, su verdadera, definitiva familia?

Sobre todos estos interrogantes pesa el más absoluto silencio; ninguno sabrá jamás el costo de este nuevo “*Aquí estoy*”, ciertamente más heroico y consciente que el primero.

Su fe, fortalecida por tantas pruebas, le asegura que la Providencia está en todas partes y “*no turba jamás el gozo de sus hijos sino para prepararles uno más cierto y más grande*”¹⁸.

Así, después de un sufrido y quizá solitario discernimiento, el Padre Manini pide a la Santa Sede un breve de secularización para asistir a la madre anciana.



¹⁸ A. MANZONI, *I Promessi sposi*, c. VIII.



“En el atestado que para tal ocasión le expedía el Padre General Francisco Caccia con fecha 4 de noviembre de 1848 declaraba que el Padre Manini, en los importantes oficios de Párroco, Rector y Prepósito, había hecho no pocos servicios muy útiles a la Congregación; por lo cual, no sin su pesar, no negaba su asentimiento a la petición del Breve de secularización”¹⁹.

La mamá reside en Venecia y allí se traslada el hijo, venido para servir. Sin embargo no se encierra en las paredes de la casa, todo triste por el nuevo penoso ministerio, sino que ofrece su colaboración en toda actividad pastoral de la desconocida parroquia.

El Patriarca de Venecia pronto se da cuenta de sus capacidades y le confiere varios títulos y oficios importantes, hasta pedirle en 1855 que acepte la parroquia de los santos Ermagora y Fortunato.

Sólo después de un mes de este nombramiento muere la madre, y el nuevo compromiso, apenas asumido, pospuso para otro tiempo el tan deseado regreso entre los Barnabitas.

De tantos sufrimientos escondidos, de tantas fatigas sostenidas al lado de la madre hasta la muerte, jamás ha dicho palabra a sus hijas de Roma. La correspondencia en aquellos años, se había hecho rara y no faltaban las dudas y el desconsuelo. Cuando la Madre Elena Bettini le escribe, apenas ha pasado todo, la carta lo llena de consolación:

“Hija mía bendita en Jesucristo. ¡Oh! ¡Cuánto habéis



¹⁹ L. M. MANZINI, *op. cit.*, p. 27.

hecho bien en escribirme! Temía también esta vez que mi silencio demasiado largo pero inculpable habría hecho nacer en ti el pensamiento y quizá la resolución de no ser la primera en enviarme nuevas cartas.

La consolación pues que he probado recibéndola ha sido proporcionada al disgusto que yo tenía viéndome como olvidado, o al menos mal entendido, mal interpretado por ti.

Hija mía... De aquella obra primera me quedáis sólo tú, época bendita de misericordia, de gracia, de amor que Dios me ha querido usar, conceder, demostrar tan larga y evidentemente que sería necesario perder la memoria para no recordarlo, y no tener corazón para no serle agradecidos.

Por ello tú eres en el afecto de mi corazón la primera, ninguna podrá ocupar jamás el lugar que tú ocupas...

Estad cierta, hija mía, cualquier cosa parezca el contrario, ésta es la verdad; y si la prudencia, la caridad y también la necesidad me han aconsejado frecuentemente y con frecuencia también obligado a mostrar un abandono tal, el corazón y el espíritu jamás os han abandonado, jamás se han separado de esta obra santa y no he descuidado nunca o perdido ocasión para hacerlo conocer con los hechos, si fuese agrado a Dios bendecir las palabras, los pasos, los muchos tentativos, varios y en tiempo y lugar diversos, que no he ahorrado...²⁰.

Precisamente en Venecia ¡cuánto había deseado abrir una escuela con sus Hijas!

²⁰ Carta de Venecia de 1885.

“Y yo no veía la hora de escribiros” pero también esta vez, como para Boloña, como para Matelica, no fue posible:

“Sea bendita la voluntad de Dios” se ha ya vuelto la respuesta de su corazón de frente a toda resistencia, a toda cruz.

La referencia es siempre directa, no maldice a ninguno, ni se alarga en recriminar a quien puede ser responsable de uno o de otro rechazo, sino todo acepta de las manos de Dios y su alma permanece en paz.

Precisamente de Venecia tenemos dos cartas para la Madre Elena Bettini a la cual recomienda no olvidar jamás “el modo verdaderamente estupendo con el cual Dios la había llamado y las continuas pruebas de su fidelidad” y escribe para ella un pequeño tratado sobre la oración.



Es bello escuchar su voz que concluye desde Venecia esta carta tan vibrante de amor paterno, de renovado entusiasmo, de paz serena. De frente a la nueva obediencia, que lo ha llamado a ser párroco, teme no poder hacerlo porque no tiene las fuerzas para esta gran responsabilidad: “pero me he abandonado en las manos de Dios; y como he hecho hasta aquí no he pedido nunca nada, ni nunca he querido por capricho mío cambiar mi cruz. Dios que me ha puesto, Dios me sacará adelante, si será para su Gloria y para bien de mi alma...

Sólo al final de la carta anuncia que su madre ha muerto: “... Mi madre ha muerto, me he quedado solo.

*Ella pasó a mejor vida un mes después de mi nombramiento, de otra manera a esta hora estaría en Milán esperando la profesión de mi sobrina **para regresar a mi nido**. Pero Dios ha querido así. Sea siempre bendito”.*

Está aún lejano el regreso a su nido, entre sus hermanos, pero con el alma no se ha sentido jamás fuera.

Es un hijo obediente y fiel, capaz de hacerse cargo de los sufrimientos de los demás, atento al grito de dolor de cualquier parte lo alcance; es un barnabita que se deja llevar por el fuego del Espíritu sin hacer cuentas, siempre dispuesto a ponerse de nuevo en juego, a arriesgar, porque sabe en Quien ha puesto su esperanza.

Sólo él podía decirnos: *“Hijas mías, vivid enteramente abandonadas en la amorosa Providencia del Padre, según el título y el espíritu de vuestro Instituto: Ella tendrá para vosotras el máximo cuidado y siempre os proveerá de todo”.*

CAPÍTULO IX DETRÁS DE LA ESQUINA



En estos años el Instituto ha abierto la primera casa fuera de Roma, en Zagarolo. Y por cuanto el Padre Manini se haya sentido descuidado en esta iniciativa tan importante y haya expresado su pesar, acoge con amor la nueva obra y se toma el cuidado de sostener a aquellas hijas que están soportando el peso con tanto heroísmo.

La Madre Geltrude Corazza, Superiora de esta pequeña comunidad, conoce las precarias condiciones de salud del Padre Manini; saber que está mejor la llena de gozo y quiere expresar, a nombre de la comunidad, toda la gratitud y el amor que a él las tienen unidas.

“Yo no podía recibir noticia más grata de la que me ha dado mi buena Superiora de Roma (Elena Bettini),

agradecida de los beneficios recibidos y el máximo de todos de encontramos en este santo Instituto por medio de (sus) premuras y fatigas.

La Madre Geltrude no ha visto jamás al Padre Manini, pero sabe que puede llamarlo *nuestro amado Padre*.

Y él responde inmediatamente. Toda vez que sirve, parece encontrarlo detrás de la esquina, en la puerta de al lado, para luego verlo desaparecer.

La exhorta a no exagerar en el trabajo; las niñas son de verdad demasiadas y querer aceptar también a las más grandes porque están necesitadas de instrucción elemental, parece un riesgo; pero se muestra tranquilo, porque ciertamente Madre Bettini está al corriente y vigila sobre esto. Sin embargo recuerda que *“muchas veces el enemigo del bien impulsa a hacer demasiado, aun bajo el aspecto de bien, para impedir poder hacerlo por largo tiempo y mejor (...) No debo esconderle que debe tener cuidado, ante todo, que el bien que se hace sea bien hecho”*.

Es un Padre que habla, es un Maestro y un Guía espiritual que quiere transmitir lo mejor de sí a sus hijas. Y en el temor que sus hijas de Zagarolo no encuentren un sacerdote que pueda dirigirles espiritualmente, se ofrece con simplicidad y espontaneidad, también de lejos: *“Si acaso usted se encontrase privada de dirección espiritual... y desease en su espíritu de escribirme, hágalo, hija mía, con toda la confianza y con toda la libertad. Confío en la gracia de mi Señor Jesucristo para las luces oportunas a la santificación de su alma; y además usted, hija bendita no debe tener ninguna clase de preocupación,*



ya que como hija tiene derecho de ser alimentada y nutrida por el padre (...) Después que usted ha entrado yo la he considerado siempre como hija mía; y si, por circunstancias que no es necesario recordar ahora, yo no he manifestado a usted y a las otras aquel sentimiento de caridad que me une y estrecha a todas, esto no quita que yo les haya amado siempre a todas como padre en Jesucristo”²¹.

El Padre Manini es así: está siempre presente, sea cuando puede hablar, sea cuando cree oportuno callar. Por desgracia sus hijas, comprometidas en un trabajo a tiempo completo, frecuentemente arduo y sin saber, a veces, a quién recurrir,

²¹ Desde Venecia, 16 de octubre de 1854.



terminaban por descuidarlo. Él comprende, no quiere ponerlas en dificultad, permanece a la puerta.

Cuando Elena Bettini teme que se haya juzgado mal el retardo en responder a su carta, el Padre Manini la tranquiliza paternalmente: *“La paz y la gracia del Espíritu Santo sean siempre en su alma (...). Sé que debe estar llena de ocupaciones y por tanto no me sorprende si Usted no es solícita a responder mis cartas. Esto baste para dejarla en paz cada vez que le sucediese no poder escribirme inmediatamente (...). Atienda a sus deberes principales, anteponga el cumplimiento de éstos a cualquier otra cosa aunque le pareciese de perfección”*²². Pero basta una señal, una petición de ayuda, y él está dispuesto, olvida todo lo demás, puede siempre olvidar todo, excepto ser padre.

Cuando la casa de *Vía dei Falegnami* corre el riesgo de ser absorbida por el “Tata Giovanni”, un hospicio muy querido al Papa Pío IX que ha establecido la ampliación de los locales con la adquisición del entero edificio, el Padre Manini envía inmediatamente a la Fundadora una copia de súplica a dirigir al Papa para que les procure otro refugio.

Pero Pío IX aprecia mucho el apostolado que las Hijas de la Providencia hacían en su Roma por las niñas más abandonadas; y no sólo las dejó tranquilas en su sede, sino que desde aquel año pagaba él la mitad de la renta y no permitió su

²² Desde Venecia, en la fiesta de todos los Santos de 1855.

aumento. Habría deseado encontrar a las Hermanas en su pequeña morada, pero era demasiado indigna para acoger semejante huésped; y entonces el Papa las recibió en audiencia privada, deteniéndose paternalmente con ellas, las bendijo y saludó a Sor M. Geltrude Corazza en su dialecto boloñés.

Conociendo después, más de cerca, a la Fundadora, no dudó en confiarle, mediante el Cardenal Vicario Constantino Patrizi, la difícil dirección del Conservatorio de la Santísima Concepción en Trastevere: una de las páginas más sufridas de nuestra historia. Allí estaban jóvenes huérfanas “*la mayor parte grandes (...), todas incultas e iracundas, rebeldes y agresivas*”²³.

Con el tiempo, el amor paciente de estas nuevas Maestras, sostenidas por la oración confiada y prolongada, logró tocar el corazón aún de las más rebeldes, y precisamente algunas de éstas se hicieron Hijas de la Divina Providencia.



En 1863 Pío IX recurre una vez más a Elena Bettini para una obra particularmente delicada y difícil: debería transferirse al Instituto de las Hermanas Oblatas, que debido a la prematura desaparición de su Fundador S. Vincenzo Pallotti, estaba viviendo un peligroso momento de crisis. Ella debería asumir la dirección y salvar la fisonomía espiritual de la Congregación.

²³ Memorias de la vida de la Sierva de Dios, pp. 76-77.

Dócil a la voluntad de Dios y siempre abandonada a la Providencia del Padre, la Madre Elena deja su Instituto y se traslada a Borgo S. Agata por 13 años. En el curso de 1870 el Papa la recibe tres veces y la anima a llevar a término aquella misión que ha ya superado grandes dificultades.

La misma Madre por 13 años y la misión educativa común habían estrechado vínculos de solidaridad y de fraternidad entre los dos Institutos; y este amor recíproco nunca disminuye si, al término de su larga vida, Elena Bettini ve en su cabecera entre sus hijas, también las Hermanas *Pallottine* y entenderemos por qué una hermana *canossiana* pasará la última noche en vela por ella que muere.



CAPÍTULO X UNA SOLA IGLESIA



El Instituto se va extendiendo con la apertura de nuevas casas: los Padres Basilianos de San Nilo conocieron a las Hermanas de Zagarolo e insisten en abrir una escuela de las Hijas de la Divina Providencia en Grottaferrata.

También aquí son tantos los problemas y ninguna seguridad, pero ya es precisamente éste el signo que indica la necesidad de ir.

Tanto es verdad que, abriendo sucesivamente una casa a Sezze, donde todo es seguro y favorable, Elena Bettini dirá: *“Esta obra no durará, no es para nosotras”*; y así fue.

En toda esta historia que crece, en estas nuevas o antiguas tribulaciones, el Padre Manini parece ya extraño y definitivamente lejano. Sus condiciones

de salud han empeorado, ha debido dejar la parroquia en Venecia y retirarse a Monza con las Hermanas *Sacramentine*, apenas fundadas, de las cuales asume la dirección espiritual. Pasará más tarde gran parte de su tiempo en el confesionario de la Iglesia de las Hermanas *Canossiane*, también en Monza.

El Padre Manini tiene un carisma especial para la predicación, la dirección espiritual y la confesión, pero este sacramento va asumiendo el primado y se vuelve su pasión más grande.

Su historia, iniciada a la sombra de un confesionario, continúa aquí donde espera por horas y horas con el rosario en la mano.

Con el corazón regresa seguramente todavía a San Carlos, a aquella escuela de *Vía dei Falegnami* que dentro de poco no existirá más y sus hijas, como pájaros sin nido, se pondrán a la búsqueda de una nueva casa Madre. Ahora él las sigue con la oración, se las confía cada día a la Madre de la Divina Providencia y sabe que están en buenas manos. Entre los recuerdos que constituyen el testamento dejado a sus hijas se distingue el ofrecimiento a María: *“Hijas mías, vuestra Madre es María, de ella esperad toda ayuda y socorro espiritual y temporal. Tened con Ella la ternura de hijas, la confianza de hermanas, la intimidad de amigas, la humildad de siervas, la dependencia de súbditas. En Ella todo, de Ella todo: por Ella esperad todo, por Ella tendréis todo, en efecto con la gracia tendréis la posesión de Jesucristo”*.

Y así, mientras el Instituto en Roma abre sus puertas para acoger a las Hermanas *Canossiane* que se quedan sin casa y que habitarán con nosotras por 16 años, Él, Padre Manini dona la Palabra y la Misericordia de Dios a otros institutos religiosos, siempre con el mismo corazón.

La Madre Elena dirá a sus hijas, precisamente con motivo de aquella convivencia no siempre fácil: *”Las Canossiane harán el bien, como procuraremos de hacerlo nosotras. En el campo del Señor todos podemos hacer el bien; con tal que se haga el bien, hijas mías, poco importa quién lo hace”*.

Cuando se vive y se trabaja por el Reino de Dios, cuando no se busca la propia gloria o la de la familia religiosa de pertenencia, sino únicamente la gloria de Dios, entonces se respira una libertad grande y la comunión nace como una necesidad.

El pertenecer a una sola Iglesia con el corazón despegado de los propios muros y del pequeño recinto de nuestras obras, nos lo han inculcado, con la vida, nuestros Fundadores.

Y el blasón del Instituto puede proclamar:

“Buscad primero el Reino de Dios”.



CAPÍTULO XI HABLA LA VIDA

El 18 de mayo de 1863, el Padre Manini puede finalmente regresar en su familia religiosa. Es asignado a la comunidad de Santa María del *Carrobiolo* en Monza.

Tiene 60 años, pero debía parecer ya anciano, si nos lo presentan así: “... *aunque atormentado por no leves incomodidades, causadas por largas y graves enfermedades, se ocupó con asiduidad de escuchar las confesiones...*”.

Nos esperaríamos por ello verlo, hasta el final ya próximo de sus días, dedicado únicamente en este precioso ministerio, siempre amado por su corazón; y por el contrario, en el Capítulo General de 1865, es elegido Consultor Provincial, Prepósito del *Carrobiolo* y Maestro de Novicios.

Recomienza la actividad a tiempo completo, y sobre todo le ha sido confiado un servicio prioritario para toda Congregación, que invierte siempre lo mejor en el área formativa de los jóvenes.

Poco después, la sede del Noviciado pasa al San Bernabé de Milán y con los jóvenes también él debe hacer maletas.

¡Cuántas veces ha partido! ¡Cuántas veces ha recommenzado desde el inicio en otro lugar! ¡Cuántas veces ha debido pedir ser exonerado de cualquier encargo porque no tenía las fuerzas!

Y como en Roma al fundar aquel Instituto “*sin fundamento*” fue objeto de tantas críticas, así sus frecuentes rechazos le causaban tanto sufrimiento e incomprensiones.

Pero quien lo conocía de cerca y había recibido, aunque por tiempo breve, su preciosa colaboración, podía repetir, parafraseando a San Agustín: “No te preguntamos por qué te vas, sino que te agradecemos porque has venido”.

Volvamos, con un solo ejemplo, al 1851, cuando el Padre Manini se encontró en la imposibilidad de llevar adelante dos empeños igualmente gravosos: era Vicario de la Parroquia *dei Frari* y Profesor de Religión en el Colegio – Liceo de Santa Catarina (recordemos que se encontraba en Venecia, a donde había ido para asistir a la madre enferma).

En el decidir a cuál de los dos encargos renunciar escribe así: “*Si escuchase mi inclinación y el corazón, no dudaría un instante en liberarme de este último vínculo;*



UN PADRE UNA PASIÓN UN PROYECTO

64



pero consideraciones muchas y graves me obligan, por esta vez, a sacrificar la afección y el genio”. Y entonces deja el servicio de Vicario en la Parroquia de Don Antonio Pessanin con el cual había compartido gozos y dolores en el cuidado de las almas. Este amigo sacerdote, que sentirá todo el peso de su ausencia, no tiene necesidad de “mendigar expresiones del código de los cumplidos” para expresarle todo su pesar y su gratitud, sino que lo despide así: “Mi querido amigo, dejo las fórmulas de la Curia para hablarte con las palabras del corazón (...). Te agradezco todo lo que has hecho por mí y por mi Parroquia (...) Te abrazo con toda el alma, oh mi dilectísimo; te conservaré siempre estima y amor, que tú lo mereces: y ora a Dios por mí, y por quien debe sucederte...”



El Padre Manini es verdaderamente un hombre de Dios; y es esto lo que recomienda a sus hijas, o por carta o por sus apuntes jamás enviados, es la razón profunda de su vida y de su acción: *“Dios, su querer, su gloria deben ser el alma de su sacrificio en favor del prójimo, por el hecho que toda obra debe tener por principio el amor, la voluntad de Dios por regla, por fin su gloria”*.

El 19 de mayo de 1972, en el primer centenario de la muerte del Padre Manini, el obispo barnabita Mons. Andrea M. Erba, evocando su figura, precisamente en aquella Iglesia de San Carlos, entre otras cosas dice: *“Su celo sacerdotal, empapado de interioridad y austeridad, fecundado por la obediencia y*

por un ejemplar desapego, la extraordinaria devoción a la Virgen de la Divina Providencia, lo hicieron indefectible trabajador de la viña del Señor y una figura de relieve en la historia de la espiritualidad del siglo XIX”.

¡Pero cuánto ha quedado escondida esta “*figura de relieve*”! Su historia es la historia de la semilla que da fruto sólo si se marchita y muere.

El eco de sus palabras, la voz del testamento a sus hijas, nos alcanza hoy con una fuerza nueva, porque sentimos que habla la vida:

“Amad la fatiga, la oración, la mortificación”

“Si sois las primeras, haceos las últimas por amor a Jesucristo”

“Ninguna presume de sí, refiera a Dios lo que hace y a Él dé gloria y agradézcalo”

“Ante Dios quien está privado de humildad y de caridad es poco menos que nada, mientras es todo quien es humilde y ama”.

“Vivid unidas en paz y en caridad”.

CAPÍTULO XII

PADRE POR SIEMPRE



En el mes de diciembre de 1869, el Padre Manini se enferma gravemente de hidropesía; y después de haber superado la fase aguda, el médico le aconseja alejarse de Milán para tener un poco de convalecencia en un lugar más sano.

En Martinengo, en la provincia de Bérgamo un amigo ha fundado el Colegio Convictorio de San José: es Monseñor Sinibaldo Conti, que lo acoge con gusto y será por él ayudado en la administración de la obra apenas iniciada.

El mal, de cualquier forma, vuelve al asalto y se deja ver el fin, pero antes de entrar en el silencio de este tiempo sagrado nosotras queremos revivir, como una película que corre en cámara lenta, los últimos signos de un amor siempre antiguo y siempre nuevo

para la fundación romana, que en estos años se va expandiendo.

Las Hijas de la Divina Providencia, después de Zaragolo y Grottaferrata, van a Olevano Romano, a Sezze en la provincia de Latina, y se preparan para la nueva aventura romana de Vía *Tordinona*, en la parroquia de don Rafael Sirolli que conocemos de un tiempo.

El Papa Pío IX bendecirá esta obra a pocos pasos de San Pedro y la socorrerá de mil pequeñas maneras.

Pero son también los años de la toma de Roma; y mientras Elena Bettini siente más vivo que nunca la necesidad de sostener con la oración y la cercanía al “Padre humillado” (como ahora llama al Papa), está toda ocupada por la necesidad de actualizar los criterios didácticos que deberán marcar el pasaje de una escuela pontificia a una italiana y a tomar a las Maestras el nuevo diploma de enseñanza.

La escuela de Vía *dei Falegnami*, objeto de todo el amor del Padre Manini, está ahora haciendo las cuentas con el nuevo Régimen y con el laicismo triunfante.

Él, siempre lejano, no ha olvidado jamás dar su contribución aun económica y con frecuencia indirectamente.

Nos enteramos, quizá tarde, que él estaba siempre empeñado a “*poner aparte todo lo que puedo recabar o de limosnas o de mis ahorros (...) para participar cada*

año con un pequeño sacrificio al sostenimiento de la Obra misma”²⁴.

La última carta por nosotras conocida fue escrita desde Milán el 29 de septiembre de 1869. Se dirige a su hermano de comunidad, el Padre Lattuada, entonces nuestro Superior, para donar la última cosa que posee. Se ha enterado que en Roma se está preparando la Exposición de Arte Sacro y le confía: “Tengo disponibles tres cuadros de valor y serían destinados a la Fundación de una Misa perpetua en favor y para bien de estas Maestras (...). Para mí ahora ha llegado el tiempo de procurar su venta. De esto la R.V. comprenderá que yo no he olvidado esta pobrecilla Obra”.

En este afectuoso acto está la ternura atormentada de quien se prepara a amainar las velas²⁵, de quien ha dado todo porque su criatura tenga vida, tenga futuro. Luego cae el telón, desciende el silencio, se acerca la hora de la enfermedad extrema, la hora de Dios.

Han pasado tantos años desde entonces. Tú estás en la casa del Padre; y nosotras tus hijas, italianas o extranjeras, seguras que no te has olvidado ni aquí abajo, mucho menos allá arriba, de ser nuestro Padre y nuestro Maestro, te sentimos más cerca que nunca.

²⁴ S. GAROFALO, *Un'eco della Provvidenza*, p. 86, Città Nuova, Roma 1994.

²⁵ 2 Tm 4,6.



UN PADRE UNA PASIÓN UN PROYECTO

70



El eco de tu voz se refuerza y llega nítida a nuestro corazón:

“Desde este momento, cuidando de vosotras como cosa especialmente consignada a Dios, donada y consagrada, tened gran cuidado de custodiar a vosotras mismas para Él y de obtener el fin para el cual el Instituto ha sido creado por mí que es todo lo que significa vuestra santificación”.

Pensabas también en nosotras, cuando partiendo para Turín, dejabas tu testamento, pidiendo que fuera leído y recordado a todas *“como la voluntad de aquel Padre que Dios se ha dignado daros para conducir a cumplimiento vuestra vocación...”*

“Os podrá confortar cuando yo no estaré más y si no nos volvemos a ver más en este mundo, no os habré dejado poco cuando yo os haya dejado el modo de santificar a vosotras mismas.

Y más aun *“Agrade a la infinita caridad de Jesucristo acoger las humildes oraciones del Padre que, si bien lejano corporalmente, también está siempre con el espíritu cercano a ellas”.*

“No exista alguna que no sea movida por mi miseria y por mis grandes necesidades a orar por mí a fin que Dios me trate con misericordia y después de la muerte para que Él se digne acortarme las penas que con tantas culpas me merezco, llamándome pronto a gozarlo y bendecirlo Padre, Hijo y Espíritu Santo, al cual sea la gloria y el honor de todas las criaturas en eterno y Así sea”.

Es el 2 de abril de 1872. Tú, Padre Manini, has recibido por segunda vez el Sacramento de los



enfermos con piedad filial y total abandono al amor misericordioso de Dios. A las 22:30 horas se detiene tu corazón, termina tu misión sobre la tierra para comenzar a ser Padre en modo nuevo, en modo pleno, sin más límites de tiempo y espacio, Padre por siempre.

En Martinengo, sobre aquella tumba que no existe más, permanece la lápida para inmortalizar tu nombre, y nosotras vendremos, en este año de gracia, a expresarte toda nuestra gratitud y nuestro amor de hijas.

Venimos a pedirte que renueves nuestro corazón en la búsqueda apasionada del primer Amor con la totalidad que te distinguía.

Venimos a pedirte que bendigas y protejas a todos los niños y jóvenes que frecuentan tus y nuestras escuelas, de Italia a Chile, de la India a los Estados Unidos y a Yucatán.

Nosotras venimos a dar gracias a la Divina Providencia por el gran don del Padre que eres TÚ.



DATOS BIOGRÁFICOS

S. CARLO
AI
CATINARI

Este breve perfil biográfico del Padre Manini está tomado de la comunicación de la noticia de su muerte que los Barnabitas del colegio de los Santos Apóstoles Pablo y Bernabé de Milán enviaron el 4 de abril de 1872 a todas las comunidades:

Comunico a V.R. la dolorosa noticia de la muerte del P. Don. Tommaso Lodovico Manini, acaecida hacia las 10:30 p.m. del día 2 del corriente mes.

Él nació en Reggio di Emilia el 7 de Mayo de 1803, ingresó en nuestra congregación en Marzo de 1822, y el 25 de Mayo de 1823 profesó sus votos solemnes en el noviciado de Nápoles.

Terminado el curso de filosofía y teología en Roma es ordenado sacerdote, fue mandado de nuevo a Nápoles para enseñar allí retórica. Destinado después al colegio S. Dalmazzo en Turín en calidad de predicador y confesor, dio luminosas pruebas de habilidad en el desempeño de estas dos incumbencias que, si bien en edad todavía juvenil, fue juzgado digno de ser elevado al importante oficio de párroco de nuestra iglesia de



S. Carlos de' Catinari en Roma, donde no sólo cumplió, con satisfacción de todos, las funciones parroquiales, sino que fundó un instituto de religiosas para la educación de niñas pobres que dirige con extraordinaria inteligencia. En 1835 es elegido prepósito del susodicho colegio de S. Dalmazzo en Turín, que entonces acogía a los estudiantes de teología de la provincia de Piemonte, allí atiende la predicación dominical, y de cuando en cuando predica los ejercicios espirituales a los sacerdotes seculares y a varias instituciones eclesiásticas, civiles y militares, creciendo siempre en la fama de valioso orador que ya había adquirido durante su primera morada en aquella capital. Y aquí me es grato recordar un hecho, para él muy honorífico, es decir que tuvo como socio al inmortal filósofo Antonio Rosmini en la ocasión en que fue invitado a dar un curso de ejercicios espirituales al clero, congregado para tal fin en el hospicio del Santuario de Oropa, en los cuales intervinieron tres Obispos.

Enseguida le fue asignado el cargo de Rector del Convictorio Ducal de Parma, donde, por sus talentos y su pericia en el dirigir a la juventud, fue muy aceptado por la Archiduquesa María Luisa, Soberana de los Ducados de Parma y Guastalla. Al cesar aquel cargo fue sucesivamente designado a los colegios primero de Boloña, luego de Vercelli, después nuevamente de Boloña, en los cuales continuó a prestarse para el bien de las almas desde el púlpito y del confesionario, aun cuando una grave enfermedad le había disminuido no poco las fuerzas.

En 1850, obtenido un breve temporal de secularización, se transfirió a Venecia para asistir a su anciana madre, y allí el Patriarca, dándose cuenta enseguida de su idoneidad para el ministerio parroquial le confirió la parroquia de los Santos Ermagora y Fortunato, de aquella ciudad; a la cual, después de pocos años, renunció para retirarse a Monza en el Instituto de las Sacramentine, entonces naciente, que confiadas a sus cuidados espirituales las dirige hasta 1863, época en la cual, retornado en la Orden, toma habitación en la casa del Noviciado de S. María de Carrobiolo, existente en dicha ciudad. Allí, si bien fatigado por no leves incomodidades, causadas por largas y serias enfermedades, sufridas por él en el pasado, también se ocupó con celo en la escucha de confesiones de los fieles en aquella iglesia nuestra y de las hijas de la caridad, vulgarmente llamadas Canossiane.



En el capítulo general, celebrado en mayo de 1865, fue elegido consultor provincial y prepósito de la susodicha casa de Carrobiolo, y de allí, en el sucesivo mes de julio investido del mismo oficio, pasó en este colegio porque, por disposición superior, había sido aquí transferido el primer noviciado; lo gobernó por un bienio, durante el cual acontece un hecho que lo arrojó en la más profunda tristeza: la supresión de las corporaciones religiosas en el reino de Italia. No obstante sus múltiples y considerables achaques, vueltos más molestos con el aumentar de la edad,

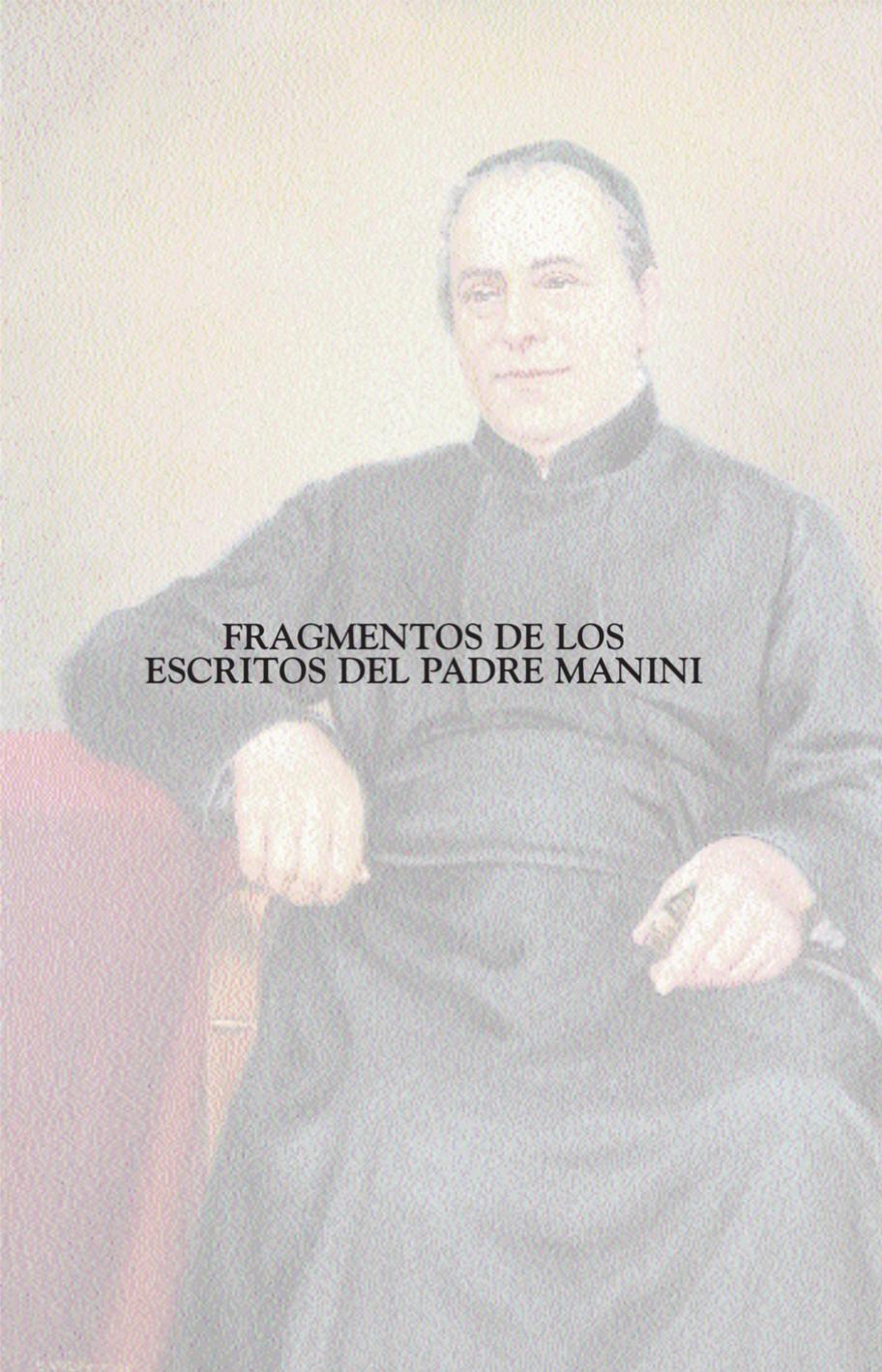
perseveró con celo en la administración del Sacramento de la Penitencia hasta que, en los primeros días de Diciembre de 1869, cae gravemente enfermo de hidropesía, que a duras penas fue vencida después de un período de tres meses.

La convalecencia duro largo tiempo, pero se recupera en modo que el médico, para consolidarlo en la recuperada salud, le aconsejó irse a un lugar donde pudiese respirar aire más saludable que el de Milán.

Se trasladó, por tanto, a Martinengo bergamasco con su amigo Monseñor Sinibaldo Conti, protonotario apostólico, rector de un colegio-convictorio en aquel lugar, donde los efectos del clima lo tornaron no poco saludable cuando, contra toda expectativa, hacia el final del pp. Julio, recae enfermo de hidropesía que, aumentada día a día, lo lleva al sepulcro después de haber recibido con singular edificación en dos ocasiones el SS. Viático y de haber sido confortado por la Extrema Unción.

Habiendo él soportado esta larga y penosa enfermedad con heroica resignación existe todo el fundamento para esperar que esté ya en posesión de la gloria celeste; con todo eso, en cumplimiento de nuestras Reglas, le encomiendo los habituales sufragios por el eterno descanso de su alma.

P. D. Spirito Corti



**FRAGMENTOS DE LOS
ESCRITOS DEL PADRE MANINI**



VOLUNTAD DE DIOS GLORIA DE DIOS



81

- Dios, su querer, su gloria deben ser el alma de su sacrificio en provecho de los prójimos, por el hecho que, en todas sus acciones, deben tener por principio el amor, la voluntad de Dios por regla, su gloria por fin.
- Si el sacrificio costoso y continuado, que comporta el obrar en provecho del prójimos, según su vocación, no estuviese animado y apoyado por un motivo superior, ciertamente no se podría sostener.
- Su corazón sea siempre de Dios para querer su beneplácito, su mirada esté fija y firme sobre el fin de glorificar en todo modo posible a su amado Señor. Todo a él se ceda que todo es del Señor, todo por él se supere, todo por él se sacrifique con magnánima

generosidad, firmeza y constancia, queriendo ellas la gloria de Dios, fuera de la cual ninguna otra cosa les debe interesar.

- Animadas por principios tan sólidos y preciosos en su corazón, todas enamoradas de la gloria de Dios, les parecerá de sentirse prontas y dispuestas a vivir su vocación, animadas de valentía y vigor para superar las dificultades y vencer los obstáculos.
- Para el más perfecto cumplimiento de la divina Voluntad: ésta es su divisa; en estas palabras está encerrado el espíritu, el fin, la idea de la Obra. Y éste será también su nombre.
- Se alegren y se conforten en Dios, reflexionando que no es posible que Él abandone ni en orden al alma, ni en orden a las otras cosas necesarias, a sus criaturas que han abandonado todo para hacer Su Voluntad, cooperando según sus fuerzas para que se cumplan los fines de la Encarnación y de la Muerte de Jesucristo.
- Actuando sincera y cordialmente por la gloria de Dios y la salvación del prójimo y gustosas sacrificándose a sí mismas por un fin tan santo, deben confiar, oh queridas hijas, que el Señor esté siempre con ellas. Adelante, pues, con ánimo, con confianza, con abandono y con perseverancia.
- Para el cumplimiento de la Santísima Voluntad de

Dios he querido que estén del todo consagradas a aquellas pobres hijas. El Instituto ha sido fundado para el más perfecto cumplimiento de la Divina Voluntad; las hijas de la Divina Providencia deben siempre tener a Dios y Su gloria presente en todas sus actividades y con el espíritu y el corazón intensamente desapegados de la tierra.

- Me abandono enteramente a la Santísima Voluntad de Dios.
- Ellas se deben prestar, deben acudir, se deben ocupar donde las invite y las llame el más perfecto cumplimiento de la Divina Voluntad y dado que cuando se dice “más perfecto” se entiende donde es mayor el ejercicio de la virtud, mayores dificultades, mayor prueba de caridad, así por esto ellas tienen el deber de preferir siempre la obra más difícil y promover, de preferencia, la santificación de las almas en aquellos ejercicios, en aquellos lugares, en aquellos países, en aquellos casos en los cuales se prevea más arduo el intento, más fatigosa la ejecución, más gravoso el peso que la humanidad debe padecer por Jesucristo.
- Piensen que no se ha jamás pretendido fundar una Congregación que sirve a la gloria de Dios con la condición de las propias comodidades, sino que abraza por el contrario, con cualquier sacrificio, la gloria de Dios mismo. Cuando sean llamadas vayan donde sea, con tal que comprendan que allí está el verdadero bien



de las almas; por amor de Jesucristo no rechacen penurias. Dios no faltará ciertamente de proveer con toda suficiencia a aquellas que confiarán en Él.

- No existen obstáculos y dificultades por parte de los hombres que ellas no deban generosamente afrontar por amor a Jesucristo y para el cumplimiento de la Divina Voluntad, no teniendo otra cosa en vista si no que se cumpla, en el modo más perfecto posible, la Divina Voluntad.



AMOR A LA CRUZ



85

- Contemplan a su Esposo pendiente de una cruz que muere entre agudos dolores por la salvación de las almas y con ello sientan en el corazón que tienen en aquella cruz alguna pequeña parte por ser cooperadoras de la Redención
- En la paciencia y en la humildad de la Cruz está escondido el maná.
- En tanto la obra se sostiene, en cuanto está apoyada en la virtud de la Cruz, que es la piedra inamovible de todo edificio ordenado por Dios para durar en su Iglesia, porque las obras del Señor no pueden tener otro fundamento que el que tiene su Iglesia en la cual nacen, ni pueden avanzar por

otros medios que no sean aquellos con los cuales Él ha querido que su Iglesia creciese y que en sustancia no son sino la pobreza y el padecer: padecer humilde, padecer voluntario, padecer generoso, padecer constante, padecer universal, es decir en todo y por todos, ya que la Iglesia ha recogido la herencia de Belén y del Calvario y ésta es su riqueza, su fuerza y su gloria.

- ¡Oh cuánta misericordia, hija mía, en su padecer! ¡Cuánta gloria está preparada en recompensa a quien de ellas querrá perseverar en el padecer y espero que sean todas!

- A quien perseverará con la gracia de Dios fatigando y padeciendo por ayudar a las almas de Jesús está reservada la doble corona del apostolado y del martirio, del Dios que es fiel en sus promesas.

- Si Él quiere que padezcan y parece que no extienda la mano por aquello que pertenece a la providencia temporal, esto no es porque Él no las ame, al contrario esto es porque Él las ama; y por esto su amor las trata como ha tratado a su Unigénito, que no tenía lugar donde reclinar su sacrosanta cabeza, queriéndolas como imitadoras de Jesucristo en la obra de la salvación de las almas, así como también de las divinas virtudes de las cuales ha sido ejemplo en el mundo.

- Vuestra cruz será menos pesada si no presumís de llevarla sólo por vosotras. Llamad a Dios en vuestra ayuda y sentiréis aligerarse el peso. Sea Dios vuestro confidente: con Él desahogad vuestras amarguras, contadle a Él vuestras penas, invítadlo a participar con vosotras vuestros dolores.

- Durante el día reflexionad por un momento en un misterio de la pasión, formando la intención de obrar todo en unión con ése misterio, esta intención podrá ser expresada en los siguientes términos: “Contigo agonizante, contigo coronado de espinas, contigo flagelado, contigo agraviado por la Cruz, contigo crucificado, contigo espirante, contigo resucitado”. Esto servirá, durante el día, para recoger vuestro espíritu, purificar vuestra intención, custodiar vuestro corazón y manteneros en la presencia de Dios, usando ora una, ora la otra expresión según las varias necesidades y lo más frecuente que podáis.

- Vuestro libro es el Crucificado, meditadlo profundamente de día y de noche y aprended de Él vuestras obligaciones y la manera de cumplirlas.



FE
CONFIANZA
ABANDONO

- Con la fe y la confianza se honra grandemente a Dios y le hace dulce violencia para obtener cualquier gracia que se quiera. Por la desconfianza se cierran para nosotros los divinos tesoros y queda ofendida la liberalidad, la bondad y la omnipotencia del mismo Dios.
- El Divino Redentor reprocha y reprende a sus discípulos por esta falta de fe. El motivo por el cual no han podido expulsar el demonio de un joven endemoniado era por su incredulidad. “Si tenéis fe como un grano de mostaza... nada os será imposible”. ¡Estas palabras y esta instrucción de nuestro Señor mismo cuánto deben ser consoladoras para una Hija de la Divina Providencia!

- En el Cantar de los Cantares el Esposo no dice a la Esposa: Vete, sino Ven: levántate, amiga mía, hermosa mía y ven. No dice que vaya, sino que venga: lo que no da poco ánimo porque en esto nos demuestra el Señor que no nos deja andar solos, sino que él mismo nos conduce (...). Él no las mandará solas a estos ministerios para alejarlas de él, sino para unir las más a él (...) Y él las conducirá y vendrá junto con ellas.

- San Pedro, cuando Cristo nuestro Redentor le mandó que caminara hacia él sobre las aguas, hasta el momento que no tuvo miedo caminó sobre el mar como si estuviese en tierra firme; pero cuando comenzó a temer, viendo levantarse un viento fuerte, inmediatamente comenzó a hundirse; de donde Cristo lo reprende por su poca fe: Hombre de poca fe ¿por qué has dudado? Ésta podría ser la causa por la cual, a veces, a alguna de vosotras le parezca poderse hundir y perecer en la tentación, en los trabajos y en los ministerios en que la obediencia la ha puesto: la poca confianza que ella tiene en Dios; porque si considerase que Él es quien la pone en aquel empeño, en aquel oficio, en aquel ministerio y que por tanto ha dado su palabra de asistir la, de ayudarla y de protegerla, cesarían y desaparecerían inmediatamente todas las turbaciones y las dificultades. Señor, ellas deben repetir a menudo, Señor tu me lo mandas, tú eres quien me pone en estos ministerios, coge pues tú la defensa de tu



honor. No quiero el honor y la gloria para mí misma, sino todo lo quiero para tu gloria.

- Danos, oh Dios, por Jesucristo, la fe y la confianza de la que tenemos necesidad, a fin que cuando tú nos visitarás para probarnos, nosotros seamos encontrados dispuestos y constantes para la prueba. Amén.
- Así sean graves y exorbitantes sus fatigas en favor del prójimo, sean difíciles y escabrosos sus trabajos, si tienen fe en su Esposo Jesús, Él se hará cercano, las levantará, compartirá con ellas el peso, las confortará, las iluminará, las guiará por las vías más recónditas y difíciles. Así pues fe y confianza



¡oh Hijas de la Divina Providencia y nada os asuste, nada temáis: Dios está con vosotras!

- Turbaciones y perplejidades son producidas por la poca confianza que uno tiene en Dios y que mira sólo a las fuerzas y habilidades propias y no a la omnipotencia del Señor el cual suele elegir instrumentos muy débiles para hacer cosas grandes y maravillosas para su servicio.

- Es contrario a esta santa confianza el abatirse o perder el ánimo por el poco fruto que vemos obtenerse por nuestras instrucciones, por nuestras exhortaciones y por nuestras fatigas. Cada una sepa que Dios no pedirá cuentas del fruto de los demás, sino más bien del amor, de la rectitud y el celo que cada una habrá procurado por la salvación de las almas, según las propias fuerzas y habilidades. Ellas deben sembrar y cultivar, a Dios corresponde la fertilidad y la abundancia.

- Quien se abandona en las manos de Dios no puede perecer. Será visitado por la tentación y por las tribulaciones, pero con fruto; será puesto a la prueba, pero con ganancia. ¡Oh, felices aquellos que se fían de Dios y no piensan en el mañana, sino que duermen con confianza entre los brazos de la Paterna Providencia del Señor! Faltarán las riquezas a los opulentos del mundo, pero a ellos no faltará nunca lo necesario. No, es imposible que suceda lo



contrario de cuanto Dios ha prometido. Si confiamos en Él sin dudar, estamos seguros.

- Deberán ser muy pobres, despojadas de todo, abandonadas con toda confianza en los brazos de Aquel que alimenta a los pajarillos del cielo y viste de colores magníficos las flores del campo.

- Vivan pobres por amor a Jesucristo, renunciando a todo apoyo o esperanza humana y no teniendo otro apoyo y otra esperanza que la Providencia Divina, la cual no les faltará nunca si confían en la potencia del nombre Santísimo de María.

- Son hijas del Padre de celeste Providencia que distribuye sus dones en proporción de las necesidades.

- Se contenten de cuanto les mandará Dios, aceptando todo con humildad de la Providencia del Señor, en la cual las queremos abandonadas.

- No os afanéis, tendréis tiempo para hacer todo, si hacéis oración y os aconsejáis con Dios. Pensad al día de hoy, no penséis al mañana. ¿Llegaréis? Podréis morir antes del mañana y si esto os sucediese, no deberéis dar cuenta del tiempo que no se os ha concedido, ni de las cosas que hubiereis hecho o podido hacer si el tiempo no se os hubiese quitado.

- Caminad con gran fe y con gran esperanza en la Providencia Divina que todas las cosas dispone para el bien, que sabe el bien mismo sacar del mal, abandonaos con amor de hijas en sus brazos como en los brazos de una madre, dejandoos conducir y, diré mejor, llevar por ella.

- No os afanéis, no os angustiéis en cualquier circunstancia os encontréis por la falta de bienes temporales, por cuanto os parezcan necesarios e indispensables: mostraréis no tener el espíritu de vuestra vocación y os haréis indignas de la regla que profesasteis.

- Grande es la confianza que el Señor requiere que ellas tengan en su paterno cuidado, en su protección y en su Divina Providencia. Esto debe ser motivo de gran consolación ya que el Señor requiere y exige de ellas lo que ordenó y dijo a sus Apóstoles: en verdad os digo el que crea en mí, hará él también las obras que yo hago, y hará mayores aún, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.



ORACIÓN UNIÓN CON DIOS

- Una Superiora no puede privarse de la oración sin privarse de su ayuda, de su consolación, de su apoyo, de su luz.
- Una religiosa no puede privarse de la oración sin privarse de su arma, de su defensa, de su fuerza, es más, de su vida.
- Como Superiora y como religiosa ore, ore mucho, ore siempre.
- Vuestra vida debe ser vida espiritual e interior, vida de oración y de meditación, para confortarse en el ejercicio de los ministerios a los cuales seréis destinadas en razón de vuestra vocación.

- La oración es vuestra fuerza; la oración es el arma con la cual deberéis combatir y vencer.
- Si usted toma afecto por la oración verá que encontrará siempre el tiempo para orar y se habituará a orar continuamente, con el deseo y el sentimiento del corazón, también cuando estará ocupada en las múltiples y varias faenas de su oficio. Tendrá a Dios presente siempre y en todas partes y el espíritu permanecerá unido a Dios aun cuando necesariamente la mente deberá estar distraída en otras cosas.
- No pase día en el cual no haya hecho su meditación, al menos por una hora. Elija el sujeto para meditar que le parezca más apto a su espíritu, prepare su alma para la meditación leyendo la materia elegida, se acerque a Dios con humildad, comience la oración con confianza, no se canse si se sienta árida o distraída, persevere pacientemente combatiendo, humillándose, resignándose. Verá que poco a poco se cambiarán las cosas de su espíritu y usted, sin conocerlo, se encontrará mejorada sobremanera.
- Hija mía, mire siempre a Dios, camine en su presencia, le ruegue y viva sosegada y segura.
- Vuestro Modelo, al cual conformarse, trabajando, hablando, callando, fatigando, reposando, orando, sea Jesucristo, la vida del Cual debe ser vuestra lectura, vuestra meditación, vuestro estudio cotidiano y asiduo.



CARIDAD Y “MINISTERIOS”

- El fin que deben proponerse las hijas de la Divina Providencia es la santificación propia y de los demás, en el modo, en el tiempo, en el lugar, con el ejercicio de la caridad y de la ocupación que les vendrá asignada por los Superiores, hacia los cuales deben tener amor y confianza totales.
- Dios no abandona a quien lo sirve; quien fatiga por el prójimo es verdadero siervo de Jesucristo, verdadero hijo de Dios. Jesucristo no rechazará jamás de su corazón a quien ha usado caridad para con sus pobrecillos por amor a Él. Quien deja todo por Jesucristo, encuentra a Jesucristo.
- Es cierta la recompensa a quien persevera en las

obras de misericordia y de caridad para la gloria de Dios.

- Cuando yo pienso en esta pobrecilla obra y hablo con ellas, el corazón se me ensancha y quisiera, hijas mías, infundir en ellas lo que siento, quisiera que contemplasen con tanta claridad y sintiesen en el alma la grandeza, la nobleza y la importancia de su oficio y cómo y cuánto Dios las ha amado llamándolas a ejercitarlo.

- Si Dios ha dicho que quien salva un alma asegura la propia salvación, no veo por qué, perseverando en ese deseo y en la obra de salvar a tantas, cuantas agrada a Dios de mandar a estas escuelas, no deban considerar como señal de predestinación amorosa su vocación.



- Oh amadísimas hijas mías, es necesaria una fe viva que haga ver en estas queridas criaturas, que vienen a vuestras escuelas, otras tantas imágenes de Jesucristo, según aquella palabra suya: “Era pobre, estuve enfermo y me nutriste y me vestiste” y según aquella otra: “Cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”. ¿Quién no ve cómo es necesaria una mansedumbre a toda prueba, una paciencia incansable, una continua y generosa abnegación de sí mismas, un ardiente deseo de la gloria de Dios, un tierno amor a Jesucristo, para amar tiernamente, por amor suyo a las almas que a Él costaron tanto?

- ¡Cuánto es noble a los ojos de Dios el oficio que usted ejerce! Jesucristo, llamándola, la ha como asociado a sí mismo en la gran obra de la salud eterna de las almas y la ha hecho, en cierta manera, su cooperadora.
- Adelante, pues, con coraje, con confianza, con abandono y con perseverancia; si la fatiga es mucha, el premio es grande; y si no falta el padecer, mucho menos faltará la ayuda, el fruto, el mérito, el premio.
- La caridad de Dios y del prójimo vuelve todo fácil y todo soportable.
- Voyan, por tanto, llenas de coraje a sus ministerios, pero voyan con simplicidad y confianza y, si surge el desconcierto y el temor, diga cada una a su alma: Dios está conmigo, Él me pone y por tanto Él me debe ayudar.
- Las Hijas de la Divina Providencia, teniendo como primer y esencial fin la instrucción y la cultura de las niñas pobres y abandonadas, conviene así que tengan una instrucción y una dirección que las vuelva idóneas y capaces en éste su importantísimo deber.
- Deben considerar como a ellas dirigido lo dicho por el Apóstol San Pablo a su discípulo Timoteo: “Predica y enseña... dedícate a la lectura, a la

exhortación, a la enseñanza... Océpate en estas cosas; vive entregado a ellas para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Vela por ti mismo y por la ensefianza; persevera en estas disposiciones, pues obrando así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen”

- Dios, su querer, su gloria deben ser el alma y el corazón de su sacrificio en provecho del prójimo, por el hecho que en toda actividad deben tener por principio el amor, la voluntad de Dios por regla, por fin su gloria. Si el sacrificio costoso y continuado que comporta el obrar en favor del prójimo, según su vocación, no estuviese animado y apoyado por un motivo superior, cierto que no lo podrían sostener. Su corazón sea siempre de Dios para querer su complacencia en la salud de las almas, su mirada esté fija y firme en el fin de glorificar en cualquier modo posible a su amado Señor: todo por Él se supere, todo por Él se sacrifique con magnánima generosidad, firmeza y constancia, queriendo ellas la sola gloria de Dios fuera de la cual ninguna otra cosa les debe interesar.

- El amor vence todo: cualquier fatiga a quien ama le es ligera, soportable cualquier peso, posible cualquier sacrificio. Amad, por tanto, y en el amor encontraréis la ayuda, el apoyo, el coraje, la constancia, la recompensa. El amor os hará activa, solícita, industriosa, atenta, providente, mansa,



benigna, paciente, fiel, agradable, serena, ecuánime, recta, pobre, toda para todas las necesidades de quien os pertenece y toda solamente de Dios. Amad y la oración no será disturbada por la ocupación y la ocupación será oración. Amad y con gran suavidad y facilidad ayudaréis a vuestro prójimo y os santificaréis a ti misma. Pero este amor es dado a los humildes y a los confiados, a los generosos y a los mansos, es un bálsamo que no se compra con oro, sino que se dispensa gratuitamente a quien observa la ley, tiene detrás a Jesucristo y lleva con gusto su cruz.



“POBREZA HEROICA”



101

- Observe que su vocación la llama a renegar la propia voluntad, a un desapego de todas las criaturas y de todas las cosas, a una pobreza no sólo perfecta, sino heroica.
- En su manera de vivir todo es pobre y nada es propio.
- Las Hijas de la Divina Providencia son pobres, saben que son pobres, quieren ser pobres, no pueden no ser pobres.
- La pobreza es industriosa y ellas saben encontrar la manera de vivir con poco.
- No deben esperar jamás, ni jamás desear

enriquecerse y poseer, por ningún título y bajo ningún pretexto, contentándose con lo que les estará por mandar la Providencia del Padre celestial. Vivirán pobres por amor a Jesucristo, renunciando a todo apoyo y esperanza humana, no teniendo otra esperanza que la Providencia Divina, la cual nunca les faltará si confían en la potencia del nombre Santísimo de María.

- Ellas deberán ser muy pobres, despojadas de todo, abandonadas con toda confianza en los brazos de Aquel que viste las flores del campo con magníficos colores.
- Hay una bienaventuranza que consiste en el dar, la cual se podría llamar la Bienaventuranza de la Divinidad que da a todos y no pide a ninguno... Sed la madre de los pobres y sed mucho más alegre y contenta el día en que hayas dado tan un solo vaso de agua, porque no podías más, por amor a Jesucristo a un pobre, que el día en que la comunidad fuese llamada a la posesión de una herencia pingüe. Aquel vaso de agua lleva consigo su bendición y tiene su gran mérito a los ojos de Dios. No gocéis, pues, por las muchas limosnas que os hará la Providencia, ni por los ahorros que resultarán de una justa y razonable economía, sino porque Dios con estos medios os llama a poder dar a quien tiene necesidad. Al contrario os debéis consolar de ser pobre... y os debéis consolar que Dios os done con abundancia

para donar también tú con abundancia a los pobrecillos.

- ¿Os encontráis en estrechez? Haced limosnas y una porción del dinero, que os será regalado, dadlo a los pobres y no dudéis que no os faltará jamás lo necesario, al contrario tocaréis con la mano cuán generoso Señor sea Dios.



CASTIDAD “SÚBLIME VIRTUD”

- Jesucristo la llama, la atrae, la quiere para sí. Se arroje con confianza en los brazos del Esposo donde encontrará la salvación y la santificación.
- El amor que ellas tienen al Señor les enseñará y les moverá en la generosa empresa a fin que puedan decir con la Esposa sacra: mi amado es todo mío y yo soy toda de él, no haciendo cosa alguna si no para agradarlo.
- Estén solas como si estuvieran en la presencia de todo el mundo y en la presencia del mundo se encierren en la soledad de su corazón, con Dios presente dondequiera y adquirirán, conservarán esta querida virtud.

- Ninguna obra es buena sin la castidad y ella es un cristal que con cualquier respiro se empaña; ella es una lámpara que al más ligero soplo se apaga.

- Tened siempre a Dios delante de los ojos y en el corazón. Sed sincera y leal. Callad si es necesario, disimulad si es necesario, pero no finjáis ni mintáis jamás. Vuestra conducta sea sin misterios, vuestro hablar sin equívocos, vuestro corazón sin predilecciones... no desead la aprobación de los hombres, no amad el ser alabada y reverenciada, sino que más bien buscad únicamente la aprobación y la bendición de Dios.

- Vosotras no sois de vosotras mismas, ni de algún otro, vosotras sois de Dios; y esta palabra importa y significa perfección y santidad; sois de Dios, por tanto, perfección y santidad interior, continua, en todo lugar, en todo tiempo, en toda circunstancia, con toda persona, en público y en privado, en la Iglesia y en la casa, en la escuela y en la oración, hasta el último respiro de vuestra vida.



“SANTA OBEDIENCIA”

- No ignoran las Hijas de la Divina Providencia que su pobre Instituto ha sido fundado y construido todo en la imitación de la obediencia de Jesucristo que fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz y que nunca abrió la boca, ni dijo una sola palabra de lamento para alejarse de la obediencia, sino que todo recibió gustoso de las manos de su Padre celestial con divina resignación. Quitado este espíritu, no son ellas dignas de su vocación, ni se santificarán a sí mismas.
- La obediencia es la sola guía infalible, es un remedio poderoso contra la inclinación de nuestro amor propio. Con la obediencia se curan todas las tentaciones, o al menos se vencen, ya que Dios ha

prometido al hombre obediente que cantará muchas victorias, es decir en todos los tiempos, en todos los lugares, en todas las dificultades, de todas las tentaciones, de todos los vicios.

- Usted ha hecho bien, hija mía, al abandonarse en las manos de la obediencia y aceptar el encargo que le ha querido confiar. Cuanto más conoce usted ser insuficiente, tanto mayores motivos usted tiene para recurrir a Dios con confianza y tanto más debe crecer en usted la esperanza de ser ayudada.

- La Obediencia sea pronta, sea ciega, sea universal e ilimitada. En los actos, en las palabras y en las acciones más insignificantes la obediencia resplandece; la obediencia sostenga, dirija, santifique todo pensamiento, todo afecto, todo sentimiento interno y operación de la mente y del espíritu. ¡Sea la obediencia su alma!

- El fundamento y el espíritu del Instituto, al cual pertenezco, son la pobreza y la obediencia. Quien desobedece se separa del espíritu de este pío Instituto, así, sin consideración alguna, el desobediente que no se enmiende, sea separado para siempre de la Congregación, como miembro inútil y nocivo.

- De frente a una obediencia difícil, una hija de la Divina Providencia, después de haber dicho: “yo no



puedo nada, yo soy nada”, da inmediatamente lugar a la generosidad del espíritu, porque no existe y no puede existir algo que ella no pueda hacer si pone toda su confianza en Dios y sobre esta confianza emprende valerosamente todo aquello que le viene encomendado hacer.

- Si se pondrán a la ejecución de las ordenes de sus Superiores, con simplicidad de corazón, Dios hará milagros.

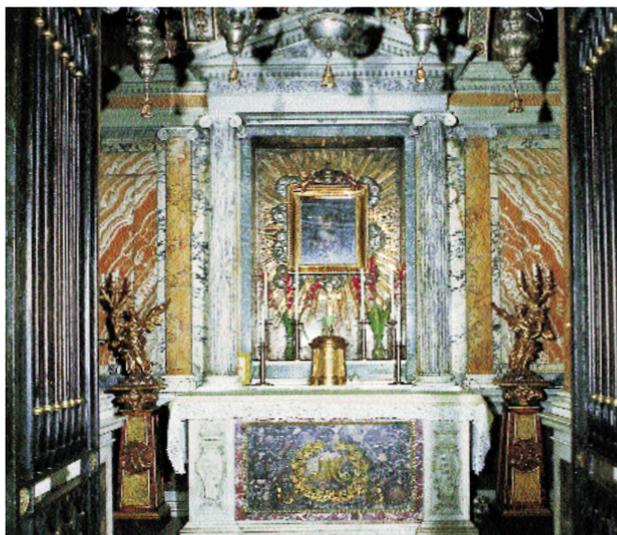
HUMILDAD



109

- Para ser apta a cumplir los diseños del Señor es necesario fundarse en la humildad y abandonarse en las manos de Dios.
- Las gracias del Señor son gratuitas y elige a quien le agrada para cumplir sus designios; emplea con preferencia a aquellos que con la humildad, la desconfianza en sí mismos y la confianza en Él y la docilidad se ponen en sus manos.
- La humildad no es contraria a la confianza y seguridad, ni las impide, más bien las ayuda sobremanera porque ayuda a poner toda la confianza en Dios y por consiguiente a tener mayor ánimo y fortaleza.

- Jesús no vigila el valor de la oferta, sino las disposiciones que la acompañan, así igualmente Él no mira con atención el número multiplicado de las obras de caridad realizadas en favor del prójimo, ni la magnificencia de éstas, sino más bien a las disposiciones internas del alma de quien las ejercita; y si éstas están privadas o separadas de la humildad, de la rectitud y del amor: a Él no le agradan (...) las rechaza.



MADRE DE LA DIVINA PROVIDENCIA



- Esta Obra no es del hombre, sino que es toda de la Madre Santísima a cuyo Patrocinio confiamos y la Cual cuida de mí, pobre miserable, y de todas las hijas que abrazan ahora y que están por abrazar más adelante esta regla, sea también porque bajo esta invocación es venerada una imagen de Ella en la Iglesia de los Santos Biagio y Carlos de mi Congregación, ante la cual han nacido estos pensamientos, los cuales, con gran confianza, esperamos hayan sido inspirados por Ella y sea también para que las Hijas de la Divina Providencia recurran a esta gran Abogada con fe siempre viva, considerándola como la Tesorera, la Dispensadora y la Proveedora de todo lo que pueda ser necesario no digo sólo en el principal bien, que es el del alma,

sino también para toda necesidad secundaria de alimento y vestido.

- Sean, pues, ellas consagradas al nombre de María de la Divina Providencia a fin que combatan con las armas de este nombre, sean defendidas por este nombre con seguridad, sean por este nombre confortadas, fortalecidas, sostenidas y con el fin de que ellas lo propaguen y lo difundan donde quiera que a Dios agradara para la conversión y la santificación de sus prójimos.

- La Congregación es en modo extraordinario toda de María y los milagros de Providencia, de Misericordia y de Amor prodigados por este Instituto, desde su nacimiento, son verdaderamente nuevos y estupendos. Se puede decir por ello, con toda seguridad, que la Congregación es una cosa toda suya, en modo que, como ha querido Ella darle la divisa de su Nombre y de su corazón, así quiera que resplendan sea la santidad de su nombre, sean las virtudes de su corazón en aquellos lugares y entre aquellas personas donde Ella misma se dignará propagarla.

- Por la mañana, apenas despierten conságrense todas a María... “A ti Gran Madre, Gran Hija, Gran Esposa de Dios, Templo vivo de mi Señor me ofrezco, me consagro y me dono toda entera a ti, todos los minutos de mi existencia, mi vida con

todas las acciones que la compondrán, mi salud, mi reputación, el intelecto, la memoria y la voluntad; todos los pensamientos de la mente, todos los afectos del corazón, todos los sentidos del cuerpo, los deseos, las inclinaciones, las tendencias, las intenciones, los consejos, las resoluciones, las palabras, los actos, los gestos, las miradas y los respiros; el momento de mi muerte y de mi eternidad; en tus manos renuevo mis votos de castidad, de pobreza y de obediencia y las promesas hechas en el Santo Bautismo, pidiéndote que te dignes ser la Depositaria y la Custodia. Bendice mi ofrecimiento, purifícame, dirígeme y santifícame según los fines de la infinita caridad de Jesucristo y de tu Santísimo Corazón. Dígnate darme una imitación constante de tus bellas virtudes y especialmente de la humildad, de la pureza, de la paciencia, de la obediencia, prudencia y sabiduría. Hazme digna de ti y de mi Dios”.



- Ellas se han hecho, en modo particular, herederas del nombre y del corazón Santísimo de su Reina; tengan impreso en la mente que cuanto más grande será su devoción a María, tanto más crecerán en santidad y en esperanza de la salud eterna; ni se olviden jamás que son sus promesas las particulares ayudas y las bendiciones de la Madre de la Misericordia, la cual, desde estos primeros tiempos, muestra visible y sensiblemente a sus hijas su Asistencia.

• La Superiora, antes de dejar la capilla, por la mañana y por la noche, dirá la siguiente oración: “Te ruego, oh Madre de mi Jesús, bendigas desde el cielo mi alma y esta comunidad consagrada a tu nombre y a tu corazón. Dígnate fundar esta pía Institución sobre la piedra de tu nombre y de tu corazón y de propagarla hasta donde quieras que llegue el conocimiento de tu Santísimo Hijo y de la imitación de sus celestes virtudes. Regula y dirige a mí misma y a esta comunidad con tu prudencia, con tu sabiduría y con tu consejo, defiéndenos con tu fuerza, sostiénenos con tu poder, defiéndenos para la santificación de nuestro prójimo con tu bondad, con la gracia de Jesucristo en la imitación de tus virtudes. Cúbrenos con tu manto y haznos a todas verdaderamente cosa tuya por el amor con el que te ha amado, te ama y te amará el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo a quien sea la gloria en eterno, amén”.

Le ruego transcribir a las Hijas estas palabras mías que considerarán como una carta del Padre lejano, pero que las tiene siempre presentes y que su pobre espíritu está siempre con ellas.

“V.G.V.M. (Viva Jesús viva María) Por el más perfecto cumplimiento de la Divina Voluntad.

Hijas mías en Jesu Cristo,

En el acto en el cual os ruego, oh hijas mías, que os unáis conmigo para agradecer al Dios de la Misericordia inmensa que ha querido usar misericordia conmigo escuchándome en el deseo de dejar la Parroquia, debo confesaros que el pensamiento de tener que alejarme de Vosotras, sería entre muchos el primero y principal que pudiese amargarme, cuando el Señor en su Bondad, no me moviese a fiarme de Él, y a poner en Él todas mis esperanzas. Por ello siguiendo el consejo del Profeta que dice:



“Descarga en Yahveh tu peso, y él te sustentará”,
 postrado en su presencia, implorando su ayuda y su
 gracia, todas vosotras, ninguna excluida, y todas las
 cosas pertenecientes a esta pía Institución, a Él
 consigno, a Él confío, a su protección y divina
 custodia encomiendo, someto y dejo desde este
 momento para siempre en el mejor modo que puede
 concebirlo mi mente y sentirlo mi corazón,
 reconociendo a Él como fuente y Autor del bien
 que, con su ayuda, se ha hecho hasta aquí, como
 Amo único y absoluto de todas las criaturas, y las
 cosas que se encuentran y moran en este lugar,
 como fin último y santísimo al cual se deben dirigir
 todas las intenciones, las operaciones, el uso y el
 ejercicio de las criaturas y de las cosas mismas,
 rogándole se quiera dignar aceptar esta consigna y
 donación según la medida de su caridad no según la
 pobreza de lo que es en sí misma y mucho menos
 según la miseria y la imperfección de quien se la
 presenta, esperando en Él que precisamente porque
 es infinitamente bueno y no ha rechazado la oferta
 de la Viuda Hebrea, no querrá rechazar tampoco
 ésta, conociendo que si fuese mejor y más perfecta,
 mejor dicho si fuese su perfección misma, quisiera
 que le fuese donada, para que él fuese así perfecto
 como es, Señor Dueño de todo en el mundo que ha
 sido, es, y allá arriba en eterno.
 Desde este momento por tanto como cosa
 especialmente a Dios consignada, donada y
 consagrada, tened gran cuidado de custodiar a

vosotras mismas para Él, y de obtener el fin para el cual ha sido creado por mí, que es decir todo vuestra santificación.

Vosotras no sois más de vosotras mismas, ni de algún otro, vosotras sois de Dios; y esta palabra importa y significa perfección y santidad interior y exterior, constante, creciente, continua, en todo lugar, en todo tiempo, en toda circunstancia, con toda persona, en público y en privado, en la Iglesia y en la Casa, en la Escuela y en la Oración, hasta el último respiro de vuestra vida.

Hijas mías, mucho podrán ayudaros a todo esto las siguientes reflexiones que yo, como recuerdo y testamento, dejo a Vosotras en el momento en que estoy por separarme de Vosotras. Éstas podrán suplir la falta de mi voz y mis palabras. Éstas podrán confortaros cuando yo no estaré más y si no nos volvemos a ver más en este mundo no os habré dejado poco cuando os haya dejado el modo de santificaros vosotras mismas.

1º) Hijas mías, tened gran atención que el demonio no difunda la discordia entre vosotras. Vivid unidas en paz y en caridad. Destruid toda amargura, sofocándola desde su nacimiento y no dejéis que se ponga el sol sin que os hayáis reconciliado con vuestras Hermanas, si acaso recibisteis disgusto o pesar.

2º) Hijas mías, preveniros unas a otras en los actos de caridad y de respeto. No esperéis ser invitadas o



llamadas. Si os sentís más fuertes levantad el peso de las más débiles. Si sois las primeras haceos las últimas por amor a Jesucristo, que ha dicho que los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos. Evitad las excesivas e inútiles confidencias y familiaridades en los discursos y en los tratos. Huid las particularidades y distinciones. Sean todas las Hermanas iguales para vosotras, y tengan todas el mismo lugar en vuestro corazón: todas sean para vosotras igualmente amadas en Dios y por Dios, e igualmente todas de vosotras a Dios encomendadas. Que si se debe dar preferencia a alguna sea precisamente a aquella hacia la cual podríais sentirnos menos inclinada.

3º) Hijas mías, no sólo no busquéis en realidad sino huid también de desear la comodidad de la vida, el alivio y el descanso. Amad la fatiga, la ocupación, la oración, la mortificación. La vida es breve: todo pasa, menos la virtud que viene con nosotros; menos Dios de Quien vamos al encuentro en todo momento de la vida. La muerte nos despoja de todo, y quien habrá sudado y fatigado se encontrará beato.

4º) Hijas mías, huid, como de la serpiente, todo objeto de disipación; no creáis que disipándose el espíritu se recree; no existe otra verdadera, sólida y consoladora recreación para una persona devota que la que es producida por la concentración, por el fervor y por la caridad.

5º) Hijas mías, por ningún motivo nunca ninguna se crea dispensada de orar. Incluso enferma, incluso moribunda, ore ofreciendo su mal y resignándose.

6º) Hijas mías, ninguna presuma de sí. Refiera a Dios lo que hace y a Él dé la gloria y lo agradezca, ni se crea con el derecho de estimar o de apreciar menos a las demás para que pueda ayudar más a la comunidad; porque ante Dios, quien está privado de humildad y de caridad, es poco menos que nada, mientras que es todo quien es humilde y ama. No es el hacer mucho o el hacer todo, lo que nos hace agradables a Dios, es el hacer lo poco que se puede, en el mejor de los modos posibles, para agradar a Él; en fin es el traficar con fidelidad y con amor el talento que Él nos ha dado.



7º) Hijas mías, no pase día en el que cada una no se haya interrogado a sí misma, en este modo: “¿Por qué he venido aquí? Y en todo este tiempo que he estado ¿qué he hecho para obtener este fin? ¿qué provecho he recabado?”.

8º) Hijas mías, cada una se esfuerce por asemejar un cuerpo muerto, cediendo su voluntad y despojándose en las manos de los Superiores. Sea cada una ciega, excepto para ver los propios defectos; muda, excepto para confesar las propias imperfecciones; sorda, excepto para escuchar las ordenes de los Superiores y la voz de Dios y del guía, y en el permanecer privada de sentido

excepto que para operar y actuar y moverse según la obediencia y la caridad.

9º) *Hijas mías, donde os encontréis tendréis siempre a Dios con vosotras, que Él está en todas partes; tened con vosotras siempre su temor y el deseo y la voluntad de la obediencia y cuando sea el caso, practicadla. Si la voz de los Superiores es la voz de Dios, el ojo de Dios supla al ojo de los Superiores. Si éstos no os ven siempre, si no hacéis lo que os han mandado, Dios os ve siempre en nombre del cual habéis sido mandadas. Temedlo, pues, y actuad.*

10º) *Hijas mías, no os hagáis lícito jamás ni siquiera el pensamiento de la más pequeña desobediencia y no creáis jamás de no tener las fuerzas para seguir lo que se os ha mandado; después que vosotras humilde y sinceramente habéis manifestado a los Superiores vuestra insuficiencia, id con ánimo recto y firme en la fe y no dudéis, haréis todo. Triunfaréis de todos los obstáculos y agradeceréis a Dios que al hombre obediente ha prometido que cantará victoria.*

11º) *Considerad cada día como el último de vuestra vida, cada operación como la última, cada oración como la última, cada batalla espiritual como la última. Haced, pues, orad, combatid, resistid, empleaos ese día con toda perfección. Después puede venir la muerte, el juicio, la eternidad y, si sois fieles, la recompensa.*

12º) Hijas mías, pensad que seréis juzgadas sobre el cumplimiento de la Ley Divina, sobre la gracia de la vocación y los medios para operarla y perfeccionaros en ésta. Seréis por tanto también juzgadas sobre las Reglas que habéis abrazado y sobre su observancia. Cuidad de custodiarlas y practicarlas celosamente y después de la ley de Dios no exista cosa alguna que os sea más querida que ésta.

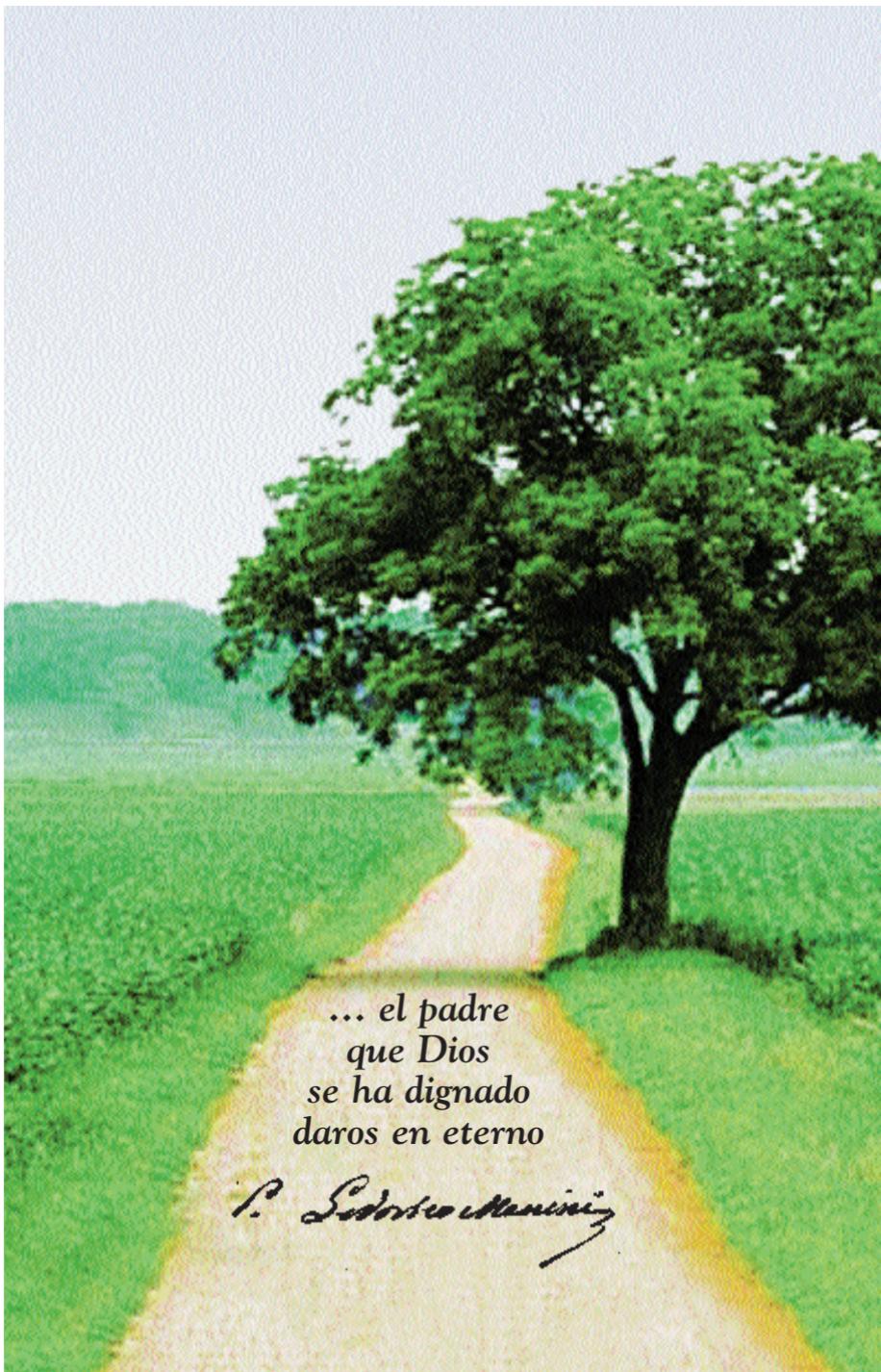
13º) Hijas mías, de toda circunstancia se puede recabar ejercicio de virtud y de mérito. Sed pues muy perspicaces para que no se os escapen.

14º) Hijas mías, el guía de vuestra alma es para vuestra alma la Persona misma de Jesucristo; escuchando aquél escucháis éste, obedeciendo a aquél, a Éste obedecéis. Así pues, como el ojo de Dios ve vuestro interior, así vosotras declaradlo y hacedlo ver al guía de vuestra alma en manera que como es imposible que vosotras forméis un pensamiento y hagáis un pequeño movimiento sin que a Dios sea conocido, así sea conocido al guía por medio de la sincera, exacta, simple y clara manifestación de vuestra conciencia.

15º) Hijas mías, vuestra Madre es María. De Ella esperdad toda ayuda y todo socorro espiritual y temporal. Tened con Ella la ternura de hijas, la confianza de hermanas, la intimidad de amigas, la humildad de siervas, la dependencia de súbditas. En Ella todo, para Ella todo, por Ella esperdad todo, por



Ella tendréis todo, en efecto con la gracia habréis la posesión de Jesucristo. Agrade a la infinita caridad de Dios, por los méritos de Jesucristo su unigénito y por intercesión de la Santísima Virgen María, infunde en vuestros corazones la práctica de estos breves, pero sustanciales documentos, que para favor de vuestra alma yo os dejo. Los cuales pretendo y recomiendo que sean leídos en los domingos siguientes a las Cuatro Témporas de cada año dentro de la Capilla después de las Vísperas, a fin que a todas sean recordados, como la voluntad del padre que Dios se ha dignado daros en eterno. Encomiendo además mi pobre alma. No exista alguna que no sea movida por mi miseria y por mis grandes necesidades a orar por mí a fin que Dios me trate con misericordia y después de la muerte, para que Él se digne acortarme las penas que con tantas culpas mías me he merecido, llamándome pronto a gozarlo y bendecirlo Padre, Hijo y Espíritu Santo a Él sea la gloria y el honor de todas las criaturas en eterno y Así sea”.



... el padre
que Dios
se ha dignado
daros en eterno

P. Roberto Manini



INDICE

PRESENTACIÓN	5
UN PADRE UNA PASIÓN UN PROYECTO	7
I. Semillas de luz	9
II. Caminos que se encuentran	13
III. No a todos se les concede entender	19
IV. Vosotras sois de Dios	25
V. La bienaventuranza del abandono	30
VI. Memoria agradecida	35
VII. A la sombra de la cruz	39
VIII. Sal de tu tierra y ve...	46
IX. Detrás de la esquina	53
X. Una sola iglesia	59
XI. Habla la vida	62
XII. Padre por siempre	67

DATOS BIOGRÁFICOS	73
FRAGMENTOS DE LOS ESCRITOS DEL PADRE MANINI	79
Voluntad de Dios - Gloria de Dios	81
Amor a la Cruz	85
Fe - Confianza - Abandono	88
Oración - Unión con Dios	94
Caridad y "Ministerios"	96
"Pobreza heroica"	101
Castidad "Súblime Virtud"	104
"Santa obediencia"	106
Humildad	109
Madre de la Divina Providencia	111
TESTAMENTO DEL PADRE	115

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de noviembre 2002